# La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 20 de octubre de 1890 — Núm. 460

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PADRE PIQUER, fundador de la Caja de Ahorros de Madrid, estatua de D. José Alcoverro

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

## SUMARIO



## HECHOS RECIENTES

### DE LITERATURA Y ARTES EN EUROPA

Los que miran la superficie del suelo europeo, solamente descubren los hechos políticos y las alteraciones de cada Estado. Los que miran las entrañas observan, allá en lo profundo, aquellas corrientes de ideas y de inspiraciones varias, á cuya virtud é impulso corren los hechos y cambian los Estados. Parecen de más bulto las manifestaciones políticas que las manifestaciones literarias, porque despiertan más pasión y arrastran más intereses; pero tal intensidad evidente de las unas, hállase compensada con lo que perduran las otras. Nadie se acuerda hoy, por ejemplo, de las fases políticas por donde pasó el reinado célebre de Luis Felipe, y todo el mundo se acuerda hoy de sus fases literarias Ningún emperador alcanzó jamás en su muerte la incomparable apoteosis alcanzada por el jefe de la escuela romántica, por esa especie de dios, á quien hemos llamado Víctor Hugo. Alemania no se ufana tanto de las victorias conseguidas en sus múltiples batallas, como de los lauros que le han ceñido las trilogias músicas de su inspirado maestro, el Víctor Hugo de la música. En cosa ninguna muestra Inglaterra que la educación clásica se sobrepone allí con todos sus esmaltes á la complexión sajona, cual en ese amor puesto por su artista eximio el admirado Alma Tadema en resucitar los antiguos tipos cincelados en mármoles phentélicos, á los besos del sol de Atenas, por los buriles de Fidias y de Praxiteles. El realismo de Zola enseña todo un estado psicológico de la sociedad moderna, cual mostraba un estado psicológico de la sociedad antigua el ateísmo de Lucrecio. Miremos, pues, las metamorfosis ó transformaciones del espíritu europeo é historiémoslas á medida que vayan pasando. El Otelo de Verdi recién aparecido en Madrid, la Cleopatra que resucita París, el monumento próximo á levantarse por los campos donde Horacio naciera, los arqueros de las antiguas monarquías babilónicas puestos en las paredes mismas del maravilloso Louvre, nos interesan tanto cual pueda interesarnos cualquier hecho político, y trascienden á nuestra vida tan intensamente como la gobernación misma de los modernos Estados.

Una ceremonia muy tierna se ha celebrado en modesto rincón del jardín de Luxemburgo, vecino al Palacio de la presidencia del Senado, cámara que tiene allí su vivienda: la inauguración del monumento al pintor Delacroix. Y digo tierna, porque se han visto resucitar en sus incidencias poetas y críticos, inspiradores de sus obras, los cuales parecían muertos ú olvidados, y han venido, como del otro mundo, á esta Pascua de Resurrección. Delacroix, por audaz y original, fué un artista muy discutido en su tiempo; que todos los innovadores encuentran guerras y todas las innovaciones encuentran resistencias. Su pincel, emancipado del corte académico, á que sujetara David la pintura suya, muy semejante á la oratoria convencional, sugerida por griegos y latinos enteramente, su pincel parecía un manojo de fulminantes rayos revolucionarios. En vano Ingres, émulo y contemporáneo suyo, quiso detener á la generación de aquel tiempo en los altares académicos, de antiguo consagrados por las tradiciones del siglo anterior. Delacroix combatió estas convenciones tiránicas del uso, y triunfó, cual triunfara Víctor Hugo de la tradición literaria. No debe, pues, extrañarnos que los últimos legionarios de aquellas huestes del progreso hayan ido, aunque inválidos y moribundos, al ara, depositando una ofrenda de recuerdo ante quien los ha precedido en la inmortalidad.

Acaba de morir Alfonso Karr. A mis lectores jóvenes acaso no les diga este nombre cosa ninguna; pero debe decir muchas á los lectores viejos. Escritor de orden secundario, ejerció soberana influencia por su estilo, en que, mezclados tisúes con trapos, fingían cierta originalidad rayana en extravagancia. Karr perteneció en los romances y en las novelas al género aquel de historiadores que derivaba los máximos efectos de las mínimas causas. Entre sus héroes, un joven resulta infeliz perdurable por haber cambiado en la juventud, aturdida de suyo, dos cartas, mandando al sastre la que había escrito para su novia y mandando á su novia la que había escrito para el sastre. Otro señor tiene también una serie de amargas contrariedades por llegar una hora más tarde de lo debido á todas partes. La novelita donde refiere las aventuras de aquel que se pasó la vida queriendo recordar una canción de su juventud, cuyas cadencias le renovaban sus amores, y luego, á la hora de su muerte, supo que no cantaba otra la cocinera, existente como un vínculo en la familia; esta novelita, ligera por el estilo y profunda por la intención, plañe bien y con gracia la mayor entre todas las humanas desventuras, nuestra sujeción á la fatalidad. Pero en lo que principalmente se distinguió Karr fué de seguro en sus artículos cortos á diario. El aristofanesco nombre de *Avispas*, con tanta gracia puesto á la colección de aquellas ocurrencias y salidas tan donosas, recuerda el inmortal nombre de Aristófanes. Pero Karr, cual todos los escritores de segunda categoría que se creen de primera, pasó entre los engaños y tristezas la parte de vida en que, debiendo cosecharse frutos sabrosos, de corresponderse mérito y renombre, cosechó tan sólo el montón polvoriento de sus esperanzas mustias ó secas. Entonces aquel escritor mundano que redactaba *Las Avispas* en *El Fígaro*, se trocó en verdadero solitario, bajo el cielo de Niza y sobre la tierra del Mediterráneo, entre naranjales y palmas, viviendo las Eglogas virgilianas en tierra y en mar las Eglogas teócritas. Así, ora cultivaba flores, por su azadón artístico escardadas, ora surcaba olas removidas por sus helénicos remos. De todas suertes, aquella fantasía con alas de mariposa y aguijón de abeja, retozona y alegre, la cual, bajo una especie de pesimismo convencional ocultaba el júbilo y alegría de los antiguos, hace falta hoy á la decaída literatura contemporánea.

Falta nos hubiera hecho también, de haberse incendiado, como temimos, la incomparable Alhambra. En su lengua erótica, un tanto audaz, los árabes llamaban á las colinas donde se levantaba la oriental Alhambra el ombligo de la tierra. Y en verdad, aquellos cármenes, que parecen cónicas macetas; aquellas umbrosas alamedas, á las cuales se dan cita los ruiseñores todos del campo, cantores de su hermosura; el susurro de los manantiales corrientes en todas direcciones y descendidos en trenzas desde las cumbres del encantado cerro; las gotas de los surtidores prendidas como rocío á los pétalos y á las ramas; el gallardeo de las rosáceas torres cortadas por ajimeces de mármoles y celosías de oro; los arcos de herradura en competencia con los arcos de arte gótico, que dan á tal jardín, estancia ó castillo, ingreso; los paisajes que se descubren unas veces sobre los cristales de Sierra Nevada, otras veces sobre las floridas profundidades del Darro, otras veces sobre la vega, diviertén allí los ánimos y los recrean hasta cuando son presa de los más profundos pensamientos. Hoy es, hoy mismo; después que los siglos han pasado con la fuerza de sus torrenciales años; después que los moros han huído al desierto africano; después que la incuria y el abandono de tristes épocas han cegado mil fuentes y derruído mil camarines hermosísimos, reduciendo tantas maravillas á polvo, por lo menos afeándolas con la triste sobreposición de monumentos á ellas dispares; y cuando entráis os sobrecoge de tal suerte la magia propia del sitio encantador, que creéis oir las guzlas acompañando á las serenatas, ver los ojos de las sultanas convertidas en huríes tras de las celosías y habitar aquel mundo extraño en que los caballeros juegan á la sortija por Bibarrambla, los muezines cantan sobre los alminares de las mezquitas, el postrer ejército moro alardea en la vega, mientras el romance morisco resuena sobre los pavimentos de jaspe al lado de los surtidores que fluyen por las tazas de alabastro, bajo techumbres de alerce cuajadas con varias incrustaciones de blanco marfil africano y estrellas de oro puro. Poned ahora con vuestra imaginación el árabe satisfecho de poseer tanta tierra; los cuerpos de guardia y sus soldados vestidos de varias túnicas y armados de alfanjes y sables y puñales con vainas damasquinadas; las diversas tribus curtidas por el ejercicio de las batallas y por el sol de los desiertos; la diversidad múltiple de trajes; la copia de objetos artísticos; la riqueza de bazares tenidos por los primeros del mundo; el carmen de raras plantas orientales; el juego increíble de las aguas; los baños con la luz tibia que finge un crepúsculo de Andalucía y sus estrellas en la bóveda que fingen una noche de Oriente; las pajareras formadas con alambres de oro, en cuyas redes y jaulas cantan las aves más canoras; el concierto de las dulzainas y chirimías durante la paz, así como el fragor de los atabales y clarines durante la guerra; los encuentros y competencias propios para que los poetas cantasen á porfía el amor y el heroísmo; los desafíos caballerescos, las zambras continuas, los torneos inacabables, la llegada de los emisarios idos á ofrecer sus presentes y á dar promesas de auxilio á los últimos sustentadores en Europa del Islam; y decidme cómo resplandecería Granada y su palacio, con cuál brillo, hallándose uno y otro en el sublime apogeo de su ascensión y en la plenitud completa de su gloria. Ningún poeta moderno ha dejado de contemplar este maravilloso espectáculo, redivivo á las evocaciones del genio, sobre las alturas de su fantasía; pues Alhambra quiso decir tanto en todas las lenguas, como copiosa fuente de donde fluyen inspiraciones sin término.

La parte perdida de Alcázar tan poblado de sueños, es la correspondiente al ingreso del patio de los Arrayanes. En mi sentir, este patio superaba en hermosura, y mucho, al patio de los Leones. Yo lo he reconstruído mil veces en mi fantasía. En los siglos medios tenía el nombre de Mesuar. Vistoso mosaico, de brillo semejante al de la pedrería, engalanaba las bases de sus airosas paredes; mostagueras vidriadas, azules y blancas, ornamentaban el suelo, tan brillante como la veneciana cristalería; una grande alberca, por murmuradora fuente alimentada, retrataba en su alegre superficie los esplendores del aire aromados por las rosas y los azahares; guirnaldas de mirtos y arrayanes constrastaban el claro color de los mármoles con el obscuro y metálico verdor de su follaje, despidiendo juegos maravillosos de aguas; numerosas puertas, á cual mejor adornadas con marqueterías riquísimas, como se dice, y con verdaderas inscrustaciones de nácar, oro, marfil, abrían paso á misteriosas estancias y ornaban con sus primores las paredes artísticas del patio; dos grandes galerías corrían al extremo Norte y Sur maravillosamente alicatadas, con cubos teñidos á iris, con rombos circundados de alharacas, con extrañas cintas que diríais flotar al aire, con hojas de una vegetación casi edénica, con innumerables conchas tan admirablemente pintadas como las producidas por el mar, con piñas de pinares fantásticos: aquí un arco semejante á los admirados en Córdoba y sus aljamas, allí cartelas indias con animales simbólicos, recordando las orillas del Ganges, junto á tablados de maderas con letras harmáticas, expresión de leyendas parecidas á las resonantes, así por las riberas del Eufrates como por las riberas del Nilo; y doquier preciosas hornacinas ocupadas con vasos gigantescos de áureos esmaltes, columnas torneadas como los troncos de las palmas sosteniendo archivoltas de proporciones armoniosas y arcos parecidos á joyas por sus adornos; alhamíes ó sitios de descanso, especie de alcobas estrechas, semejantes á capillas, con techumbres de estalactitas lápiz-lázuli, con cornisas alacenadas, en los cuales alhamíes veíanse los búcaros de rojo barro, las armas á maravilla cinceladas, los candiles de bronce, los pebeteros de olorosas esencias, coordinado todo con tal arte, que hasta los más inquietos y activos deseaban detenerse allí entre tantas maravillas y entregarse por completo á la contemplación del arte y sus milagros en una oriental soñolencia. Muy decaído este patio de su antiguo esplendor, aun le apreciaba yo como el más bello entre todos cuantos enaltecían aquel encantado palacio. El incendio halo nuevamente afeado, y una parte considerable de su esplendoroso alero hase venido á tierra en humeantes horrorosos escombros. Cuando el telégrafo anunciaba que ardía maravilla tan extraordinaria, todos cuantos aman las Bellas Artes apenábanse á una de tal catástrofe, sucedida tristemente á edificios que por su belleza monumental y por su valor histórico forman parte integrante del patrimonio común á la mísera humanidad. En los primeros instantes llegó á creerse perdida para todos la maravilla y la honra de todos. Una hoguera semejante á erupción enorme rodeaba el edificio y como que lo consumía en sus llamas. Pero disipado el humo de aquellos angustiosos instantes, y atajada la línea exterminadora, pudo verse con toda claridad cómo importaba cortar la comunicación entre los arrayanes y las partes restantes del milagroso alcázar. La acequias de la Huerta, que pasan cerca del palacio, no podían subvenir á la necesidad y conjurar el peligro por hallar-

se cortadas completamente y no correr el agua en sus cauces. Tal coincidencia hizo que se atribuyese á malicia esta catástrofe nacida de una indudable torpeza. Nosotros cuidamos poco de nuestras glorias artísticas. Ricos, muy ricos en ellas, tanto casi como Italia, no les prestamos el culto que los italianos. Sin embargo, en ninguna manifestación de su actividad se conoce tanto la grandeza de nuestra patria como en sus maravillosos edificios, cristalizaciones brillantísimas del espíritu de los siglos y del genio de la española historia. Por eso creo necesario proponer á las próximas Cortes, donde mis electores me reservarán el viejo asiento, un presupuesto de Bellas Artes, que guarde y prospere la gloria de nuestro creador genio plástico. Espero en el triunfo de esta generosa idea.

EMILIO CASTELAR

## SECCIÓN AMERICANA

### LOS AZOTES DE SAN SIMÓN

(HISTÓRICO)

Me lo contó un bravo militar, que ya no existe, dándome palabra de honor de ser verdad en todos sus detalles.

El cuento, pues, no es mío; yo no pretendo más que darle forma literaria; si ficción hay, que no lo creo, pertenece ésta á un coronel peruano que murió peleando con denuedo contra los chilenos, en los campos de San Juan, el 13 de enero de 1881.

Llamábase Buenaventura Aguirre; era pequeño, grueso, bastante feo, con un defecto en la vista y de raza que más se inclinaba á la conquistada que á la conquistadora, pero muy oportuno y gracioso, á la vez que caballero cumplido.

Como un valiente, como lo que era, sucumbió, y al recordarle hoy, evocando historias y cuentos del continente americano, me parece tenerlo á mi lado, refiriéndome costumbres de los indios, entre los cuales se había criado, y enseñándome canciones *quichuas*, que cantaba muy mal, pero con mucho carácter.

Que el hecho era cierto, decía seriamente, y que todavía recordaban, temblando, las carnes de sus posaderas, las rajaduras del látigo, puesto que él y un hermano suyo habían participado de la azotaina.

***

La cosa ocurrió en Puno...

¡En Puno!..... Permíteme, lector, que antes de explicarte el título que he puesto á la cabeza, te hable un poco de la capital de este departamento del Perú, siquiera sea para que rías á mi costa, leyendo las peripecias que allí me ocurrieron.

Está la ciudad de Puno situada 155 leguas al SE. de Lima, y á la respetable altura de 3 915 metros sobre el nivel del grande Océano.

Llueve allí, ¡qué horror!, con furia tan espantosa, que el más torrencial de nuestros aguaceros de tormenta, de esos que duran pocos minutos felizmente, es una *lloviznita*, si se le compara con aquel *baldeo* celeste.

Pero en cambio, comienza á las doce del día, poco más ó menos, y no lo deja hasta que sale el sol á la mañana siguiente; eso sí, sale y luce el astro espléndidamente hasta... las once y media; después vuelta á comenzar de nuevo la lluvia.

Este trajín se traen en Puno las nubes seis meses del año, pues los otros seis meses entran los hielos en turno, y es de ver cómo se chupa uno los dedos de frío y hasta se chuparía las orejas y la punta de la nariz si pudiera alcanzarlas.

Bajando, bajando un día entero en ferrocarril, llegamos á Puno á fines del mes de enero de 1877.

Si después de bajar tanto nos encontrábamos á la respetable altura de 3.915 metros sobre el nivel del mar, figúrate lector en dónde habríamos pasado la noche; aun diciéndote que en el sotabanco (léase quinto piso) del palacio atmosférico, ten por seguro que nada pongo de mi cosecha.

Fué el hoy departamento de Puno, en tiempos del coloniaje, la ubre metálica más productiva para la corona de Castilla; pues considerando que solamente las minas de Carabaya produjeron á España 33 millones de pesos fuertes, cantidad que representa el doble por aquello de que en todas las épocas ha sido el *vil metal* castigado con *infundios* y *chanchullerías*, debemos pensar que se trataba de un terreno inmensamente rico.

Conserva allí la tradición el recuerdo de una *Josefa* (no me atrevo á llamarle *Pepita)* de oro nativo, que pesó más de cien libras; afectaba la forma, no muy bien dibujada, de un caballo, y fué remitida al señor Carlos V, como muestra de lo que producían aquellas tierras, que jamás visitaron los reyes, sus dueños, y ¡Dios no les tome en cuenta tamaña necedad!

Una bola, de oro también, de las propias minas de Carabaya y del tamaño de una cabeza humana de las más desarrolladitas, vino consignada á Felipe II, y no sé qué habrán hecho con aquellos recuerdos el bilioso señor del Escorial y su padre el tétrico relojero del monasterio de Yuste.

Era Puno, cuando yo lo he visitado, lo que debe ser hoy: un poblachón feo y destartalado; pero gracias á su situación, que le hace llave de Bolivia por ese confín, no carece de importancia, mucho más si tenemos en cuenta el gran comercio de lanas de alpaca y vicuña que hace con el exterior y la cantidad de ganado que apacenta en sus montañas. Corónanle éstas por una parte y báñale por otra el grandioso lago Titicaca, del que no me ocupo hoy, reservándolo para ocasión más en punto.

Llegamos á Puno á las cuatro de la tarde; y excuso decir que las cataratas del firmamento se portaban como de costumbre, sabiendo que nos encontrábamos en el invierno húmedo, como llaman allí á los seis meses de lluvias para distinguirlos del otro invierno, al cual denominan seco.

En la estación había muchos indios, y maldito el caso que nos hacían cuando les rogábamos que cargasen con nuestras maletas.

Mi *compañero de viaje* estaba de humor detestable á causa de una fluxión á la boca, y tenía yo por consiguiente que entendérmelas con aquellos condenados, que no hacían más que mirarme y reir, pero sin coger las maletas que les alargaba.

Hablaban los unos *quichua* y los otros *aymara*, pues que las dos razas se mezclan en Puno; pero ni una palabra entendían de castellano, cosa que me desesperaba tanto en aquellos momentos, como me hubiera divertido en otra ocasión.

De unos en otros íbanse dando aviso, y pronto observé que era yo el objeto de su admiración y de sus risas.

Supuse que mi traje pudiera ser la causa de la persecución de que me hacían objeto, y la verdad es que pensándolo bien era un poco llamativo para una población del interior, en donde la moda va siempre con paso tardo.

Ibamos de Chile, y allí andaba el último figurín corriente y al día con los caprichos de Francia. Consistía, pues, mi atavío de *touriste* en un traje á grandes cuadros obscuros, de forma entre griega y judía, con gorra de la misma tela y una larguísima capa de paño gris con capucha de terciopelo negro, cuya punta, rodeada con grandes cordones, bajaba hasta el borde.

«Es indudable, me decía, el traje asusta á estos diablos.»

Cogimos nuestras maletas para transportarlas nosotros mismos, y lo propio tuvieron que hacer los demás pasajeros.

No hubo medio aquella tarde de hacer que nos sirviesen los indios.

Nos informamos de que había un hotel en la plaza y allá nos encaminamos, cargados como mozos de cuerda y aguantando la lluvia, que ya nos había llegado á lo vivo.

¡Cuál no sería nuestra rabia al ver que los indios nos seguían en tropel, mirándome siempre, riendo estúpidamente y hablando entre sí, como si se comunicasen algo que les espantaba!



ELENA, cuadro de Conrado Kiesel

El trayecto desde la estación á la plaza era muy largo; y en todo él no dejó de correr la gente y avisarse los unos á los otros para que saliesen á las puertas y á las ventanas.

«Decididamente no es el traje, pensé, porque ya no son los indios los que me miran y se ríen; veo señoras que hacen lo mismo, y esto me da qué pensar.»

¿Qué diablos sería?

Después de mil fatigas llegamos al hotel de *Serafini*, un italiano, casado con una *chola* boliviana, cuya suciedad y desidia eran proverbiales en todo el alto Perú.

Pedimos un cuarto; nos dieron una sala grande, negra, destartalada y más fría que la misma cordillera, cuyo solo recuerdo nos hacía dar diente con diente.

El agua arroyaba por nuestras personas entre cuero y camisa; y lo que era peor, no había esperanza de poder mudarse: habíamos dado orden de trasladar el equipaje desde la estación al vapor en que debíamos cruzar el lago al siguiente día, y la cosa no tenía remedio.

«Nos acostaremos aunque sea sin comer,» dijimos.

Descubrí las camas y me asusté. Tenían sábanas, ¡sí que las tenían!, pero tan rotas y negras, que volví á tapar precipitadamente temiendo que saliesen sapos y culebras.

Díme á cazar por el intrincado caserón á la esposa de Serafini con ánimo de hacerle los *ojos dulces* para lograr que me cambiase la ropa de la cama; y cuando después de cruzar patios y corredores dí con sus greñas en la cocina, ¡qué cocina!, me dijo que no le era posible complacerme porque no tenía más ropa que aquélla.

– Le doy cinco *soles* (duros) si me cambia las sábanas.

– Pero si no tengo.

– Pues le doy un *condor chileno* (moneda de oro del valor de diez duros).

Ya en el Perú no se veía más que papel, y papel que comenzaba á despreciarse, por lo cual la perspectiva de una moneda de oro, y moneda tan apreciada como el *condor*, hizo que la *chola* aguzase el sentido.

– En fin... buscaré... veré si encuentro algo.

Volví á mi habitación para infundir ánimo en mi enfermo, y cuando creí encontrarlo medio muerto por el frío, la humedad y los dolores, vi con asombro... que *no lo veía* por ninguna parte.

Lo llamo inútilmente: no me contesta.

Recorrí de nuevo la casa y nadie podía darme razón, hasta que alarmada sin saber qué pensar, se me ocurrió abrir el balcón de un largo corredor que daba á la plaza, y le encontré sentado en una silla coja, creo que era la única que tenía nuestra sala, contemplando las gradas de la catedral, que estaba precisamente en el otro extremo frente al hotel.

– ¿Qué haces aquí con este frío? ¿No estás bastante remojado todavía?

– Estaba mirando ese atrio y figurándome ver á los Pizarros, Almagros y Maldonados pasear, haciendo sonar sus espuelas y con la mano en el puño de la espada.

– Llévete el diablo con tus idealidades, dije furiosa por su lirismo, cuando yo andaba ocupada en cosas tan prosaicas.

Nos llamaron á comer; y como las sábanas no parecían y por lo tanto no queríamos acostarnos, bajamos al comedor.

Allí estaban nuestros compañeros de tren aguardándonos y gozando ya con la sorpresa que habíamos de recibir al ver el servicio de una mesa larguísima y derrengada.

El mantel era dibujado á la aguada sobre un lienzo muy negro: algunos cuchillos no tenían mango, otros tenían media hoja solamente; las vinagreras estaban tumbadas *de babor;* de los tenedores, ostentaba dos dientes el que más; y por último, no nos fué posible encontrar un plato que no estuviese desportillado.

Los *camareros* estaban también en carácter; un rebañito de chiquillos muy listos, tan listos como zafios, hijos todos del italiano y de la *chola*, nos oían hablar y reir burlándonos del servicio, pero seguían imperturbables atendiéndonos con diligencia y buena voluntad.

Aquello había que tomarlo á broma.

Terminada la comida echéme de nuevo á buscar á la dueña para ver si lograba las sábanas limpias, pues ya nos era imposible resistir por más tiempo la ropa mojada.

Como todo llega, también llegó la *señora* de Serafini con algo que me llenó de gozo, porque divisé tela blanca doblada.

– No he podido encontrar más que una, me dijo; pero traigo un mantel, que como está lavado puede servir lo mismo.

Olí las piezas para convencerme que estaban del agua, y dí gracias á Dios por tener algo limpio en que acostarme, aunque fuese un mantel y me costase tan caro.

Este era el mejor hospedaje que en aquel entonces podía ofrecer Puno al viajero; pero á los ocho meses, á mi regreso de Bolivia, se complacía otro fondista, que no era Serafini, en hacerme ver el mismo edificio convertido por él en hotel confortable.

Nos embarcamos al día siguiente á las once de la mañana, pues aunque no debía salir el vapor hasta la marea de media noche y con la luna, no queríamos aguardar en tierra el aguacero. Sin embargo, comenzaron á caer gotas gruesas cuando íbamos para el muelle, y por cierto que me alegré mucho de este contratiempo que nos proporcionó un curioso espectáculo.

Tan pronto caía una gota de agua en el suelo, saltaba un diminuto sapo; y como las gotas menudeaban, eran tantos los sapitos que á nuestra vista brincaban alegres, que asegurábamos, y nadie nos apeaba del burro, que en Puno caían sapos de las nubes.

Los últimos pasajeros que llegaron á bordo á las doce de la noche, me explicaron el porqué del alboroto que mi presencia había producido entre los indios y los que no lo eran.

Llevaba yo flequillo recortado sobre la frente, moda que no había hecho su aparición todavía en aquellas alturas y que á mí salida de Chile acababa de ser importada: hasta entonces solamente los frailes habían usado por aquellas tierras tan raro peinado, y de ahí la admiración y extrañeza con que me miraban, creyéndome un leguito vestido de *niña*.

Alguna de mis lectoras supondrá que exagero; pues en mi ánima juro que he dicho la verdad purita.

***

Volvamos ahora al cuento del coronel, ya que hemos dado una idea de la ciudad en que los azotes de San Simón fueron aplicados.

Había en Puno, allá por el año 40, un maestro de primeras letras, patriota exaltado que se había batido por la independencia á las órdenes del gran Bolivar, y que sentía por éste veneración rayana en culto idólatra.

Apenas sabía enseñar otra cosa *ño Pepito* (señor Pepe), que lecciones de buena crianza, para lo cual era muy escrupuloso y puesto en puntos; pero en cuanto á instrucción, *¡válgame Dios!* y qué deficiente era la que podía dar á los chiquillos puneños el antiguo soldado de la patria.

Era un hombre bonísimo; de carácter tan dulce, que los muchachuelos hacían de él mangas y capirotes, mientras no cometían algún atentado contra la cortesía; pues tocante á esto, como un discípulo faltase á la corrección y á la etiqueta, de las cuales era esclavo *ño* Pepe, le sacaba tiras del pellejo, á punta de látigo bien sacudido.

Leía á tropezones; escribía muy mal y no sumaba tres unidades sin equivocarse; mas á parte de estas *pequeñeces*, resultaba un preceptor excelente, porque hacía del chiquillo más diablo un caballerete con ribetes de moral cristiana, inculcada á fuerza de discursos interminables y laberínticos.

Este era el fuerte de *ño* Pepito: á cada triquitraque mandaba que cerrrasen los libros, y se *arrancaba* con una homilia digna de más formal auditorio, ó con un trozo de historia peruana y aun universal muchas veces, porque en esto sí que no era lego el dómine patriota.

Tenía el hombre asombrosa facilidad de palabra, y cuando estaba de vena porque le inspirase un asunto, hablaba tan bien y tan de corrido, que nadie escuchándolo pudiera creer que, leyendo, tartamudease de la pícara manera que lo hacía.

Ninguno de los discípulos de *ño* Pepito pasaba de los diez años, pues dicho se está que en cuanto tenían edad para ello, los mandaban sus familias á Lima ó Arequipa para que supiesen algo más de lo que el ex soldado podía enseñarles.

Como de costumbre, entraron una mañana los chicos en la escuela, alegres y contentos, saludando al maestro con el filial cariño que le profesaban. Pero ¡cuál no sería el asombro de las criaturas, al ver que les contestaba airado, sin mirarlos y tan pensativo que cualquiera diría se le acababa de morir el ser más querido que tuviese en la tierra!

Pasó la mañana con alternativas, y tan pronto parecía que dulcificaba el acento, como gritaba desaforadamente por la más mínima cosa.

Los niños, que no estaban acostumbrados á tales excesos, temblaban de miedo sin atreverse á rechistar; pero niños al fin, en cuanto salieron á la calle olvidaron el mal humor del maestro y volvieron á la tarde como si tal cosa.

Entonces ya no era *ño* Pepito un hombre, era una fiera.

– Hoy no se estudia, dijo después de pasar lista para cerciorarse de que no faltaba ninguno y de cerrar herméticamente puertas y ventanas.

Los chicos comenzaron á desasosegarse, y los más entendiditos presumían que podía haberse vuelto loco de remate.

Encendió el maestro un velón, y una vez que la estancia quedó con la luz mortecina del grueso pábilo, que daba más humo que llama, gritó con voz estentórea:

– ¡Calzones abajo!

Los muchachos no se movieron; digo, sí se movieron, porque se echaron á temblar como si estuvieran azogaditos, pero ninguno llevó la mano á la pretina para obedecer el mandato.

– ¿No habéis oído? He dicho que os quitéis los pantalones.

En aquellos momentos estallaba sobre Puno furiosa tempestad, pero más asustaba á los chicos la que se cernía sobre sus caritas posteriores.

– A ver si obedecéis, dijo *ño* Pepito, cogiendo un látigo nuevo con muchos ramales de finas correas, que los discípulos no habían visto nunca, porque el que de vez en cuando empuñaba con suavidad, valgan verdades, no era de tanto castigo.

A la vista del feroz instrumento, se apresuraron las criaturas á bajarse los pantaloncitos, y comenzaron á llorar con gana, sin que el maestro hiciera nada por tranquilizarlos.

Por el contrario, parecía que sus llantos le regocijaban.

No se contentó *ño* Pepito hasta que sacaron las perneras; y como ninguno llevaba calzoncillos, quedaron todos con las camisitas menguadas, que no les cubrían ni el sitio en donde las madres castigan poniendo la palma de la mano.

Cuando hubieron quedado desnudos, comenzó el maestro, convertido aquel día en verdugo cruel, á latiguear en los angelitos; pero con tal fuerza, que al que cogía por derecho le rajaba la piel; y al cabo de una hora que, fatigado ya, puso termino á la salvaje azotina, corría la sangre de las tiernas víctimas, y algunas se veían, faltas de fuerzas, tendiditas en el suelo.

La tormenta seguía furiosa en las nubes, y ahogaba los desesperados gritos de los colegiales.

*Ño* Pepito había vuelto á sentarse en su antiquísimo sillón de vaqueta y á tomar la casi fúnebre actitud que tenía por la mañana.

Conforme recobraban las fuerzas, iban los niños vistiéndose y suspirando, y hasta la hora de salir continuaron en aquella triste semiobscuridad sin que el maestro despegase los labios.

Por fin les dijo:

– Cuidado con que me falte mañana ninguno, y si contáis en casa lo que aquí ha pasado, os prometo que se repetirá la escena. ¡Ay del que lo diga!

¡Qué lo habían de decir! ¡Angelitos! Casi todos se fueron á la cama sin cenar, pretextando no tener gana y negándose á contestar cuando les preguntaban qué tenían.

A la mañana siguiente iban para la escuela tiritando de miedo; pero ¡cuán agradable no sería la sorpresa que recibieron al ver que *ño* Pepito los aguardaba con los brazos abiertos y colmándolos de caricias!

– Sentaos, hijos míos, sentaos, les dijo; necesito explicaros el sagrado misterio que encerraba ayer mi conducta: cuando lo sepáis, me daréis la razón, porque en vuestros corazones, aunque muy tiernos, he inculcado la veneración por nuestros héroes; por los que han dado libertad á la patria y han hecho libres nuestros esclavos hogares.

La oratoria, como se ve, tenía casi tanta fuerza de lógica como la azotaina.

– ¿Sabéis qué día fué ayer, hijos de mi alma? Ayer, 28 de octubre, día de San Simón, fué el santo de nuestro libertador, del gran Simón Bolivar. Vosotros, hijos míos, no tenéis suficiente conciencia de su grandeza ni de cuánto le debemos; por eso no podíais celebrarlo dignamente más que de una manera: llorando su muerte.

¿Y cómo habíais de llorarla sin sentirla? ¿Y cómo habías de sentirla, si no sabéis todavía cuánto hemos perdido con perderle?

¡Acordaos siempre del día de ayer, mis queridos niños; acordaos para celebrarlo con algún sacrificio, que más padeció por nosotros aquel grande hombre; no lo olvidéis: 28 de octubre!...

Y tánto como se acordaron.

Al año siguiente todos hicieron novillos.

Eva Canel



EL PEQUEÑO EGOÍSTA, cuadro de J. Dvorak

## UNA BROMA ESPIRITISTA

*(Conclusión)*

Al siguiente día de esta escena Matías recorrió casi todas las casas del pueblo anunciando que aquella noche se celebraría sesión de espiritismo en casa de su señor, el ingeniero D. Jorge Lasala, á quien se le había ocurrido la idea salvadora de averiguar quiénes eran los autores del crimen que tanta indignación había causado, por medio del hipnotismo y con ayuda del espíritu de la diosa Themis.

Esto de la diosa Themis era una nueva guasa que se le había ocurrido á Jorge, y que ni Matías ni las gentes del pueblo entendían.

Recibieron el aviso cien personas y acudieron á la sesión más de trescientas; es decir, casi toda la población letrada masculina y de mayor edad.

Jorge recibió á los invitados con gran cortesía; les hizo entrar en un salón de vastas dimensiones, y cuando dieron las nueve en el reloj de la iglesia, les dijo:

– Amigos y hermanos míos en el espíritu divino (este era el lenguaje que había adoptado para burlarse de aquellos infelices). La diosa Themis me ha sugerido una idea, que tengo para mí que puede ser luminosa y sirva quizás para descubrir á esos espíritus malignos que aún habrán de sufrir ocho ó nueve encarnaciones en cuerpos de animales inmundos para purgar el horripilante delito que como bestias humanas cometieron.

– ¡Bravo!, gritó el secretario.

– No podré aseguraros que descubramos los nombres de esos á quienes pudiéramos llamar seres primarios de la escala zoológica; pero confío en que con la ayuda de esos buenos espíritus que caminan por las llanuras del éter y que aman á sus semejantes, y porque los aman desean la destrucción momentánea de los extraviados, ó por mejor decir, de los imperfectos, ó que no llegaron á su madurez en la tierra, alcanzaremos nuestro objeto. Sin duda alguna un espíritu justiciero, quizá el espíritu de Salomón, me ha inspirado la idea de reuniros aquí esta noche, de hipnotizar á Matías y tratar de que con su doble vista reconstituya la escena del crimen y nos diga quiénes son sus autores. Reconcentrad vuestro pensamiento, pensad en la grandeza del acto que vamos á realizar, rogad al sublime espíritu que tiene en sí á todos los espíritus y que es el Todo en que todo se contiene, á fin de que ningún espíritu guasón venga á turbarnos en este momento solemne; y si nuestras preces son escuchadas, los espíritus imperfectos que lesionaron el derecho, arrebatando unas vidas que no habían cumplido su misión, se verán redimidos, cumplida la venganza y satisfechos los eternos principios de la justicia.

Este disparatado discurso fué recibido por la mayoría de los oyentes con murmullos de aprobación, y con bravos y palmadas por D. Isidro y algunos otros tan cándidos como él, que si no lograron entender una palabra de lo dicho por Jorge (y en verdad que no era cosa fácil), les sobraban entusiasmo, fuerzas y pulmones para aplaudir y aclamar al orador.

Cuando Jorge terminó el discurso apareció en el salón Matías, quedándose á la puerta como si ignorara que había de servir como instrumento de una experiencia interesantísima.

Jorge le miró, y dijo:

– ¿Por qué no entras Matías?

– Señor, el respeto...

– Bien está que me respetes, pero el respeto no es enemigo del amor ni de la fraternidad: entra, que todos somos hermanos, puesto que somos partes de la unidad, que es en sí infinita como unidad, é infinita en las partes que con ella, por ella y sobre ella forman la naturaleza, que en su totalidad es Dios y un solo Dios.

Todos estos desatinos los decía Jorge con tal seriedad y hasta con tanta unción, que los que le escuchaban lo hacían con gran fervor, y no faltó alguno que, creyendo cercana alguna tempestad, rezara entre dientes: «Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita,» etc.

Entró y se sentó Matías muy cerca del ingeniero; prosiguió éste su discurso paseándose de un lado á otro del salón, y cuando pasaba junto á Matías le dirigía algunas frases, mirándole fijamente á los ojos, haciendo movimientos con las manos, colocándole los dedos índice y meñique de la mano junto á los pómulos, y dándole pases naturales, de telón y de pecho, como él con cierta gracia decía.

Al fin Matías se quedó profundamente dormido, tan dormido que dejaba escapar grandes ronquidos y daba cabezadas como si hiciera corteses saludos.

– Estoy esta noche muy cargado de fluido, dijo Jorge; el *medium* estará muy clarividente. Themis nos protege.

– ¡Matías!, añadió, ¿estás ya en la región de los espíritus?

Matías soltó un ronquido que asustó á los concurrentes.

– ¡Matías!, volvió á decir el ingeniero.

Nuevo ronquido del *medium*.

Acercóse á él el experimentador, y dijo entre dientes:

– ¡Este pillo se ha dormido de veras; está con los espíritus, ó por mejor decir con el espíritu del vino!

Matías, como si oyera á su amo, silbó de una manera que parecía decir que sí.

Jorge, que no era hombre que se dejara burlar por aquel tunante, dijo:

– Está tan dormido que ha perdido la sensibilidad; ahora veréis cómo le atravieso el brazo con una aguja y no se queja.

Acercóse á él, le dió un fuerte pellizco; despertó el *medium*, y exclamó dando grandes gritos:

– ¡Todo lo veo, todo lo veo! ¡Ah, infames, no le matéis! Quiere defenderse; ¡ay!, le han degollado. La mujer llora, grita, suplica; se esconde la criada, ladra el perro! ¡Ladrones, ladrones! ¡Verdugos! ¡Pobre mujer, pobre niña!, ya murieron á manos de esos asesinos... ¡Ah!, no perdonan al fiel perro que ya calló y lame la mano del cadáver de su amo!... Ahora registran la casa, todo lo destrozan y saquean. Sus deseos no están satisfechos, creyeron encontrar un tesoro y nada hallan. Se enfurecen. Creen oir ruidos que los alarman; se dirigen hacia el corral, y al pasar por la cuadra, en su sed de sangre y para calmar su furor, matan también el caballo. ¡Infames! ¡Asesinos, asesinos!

Calló Matías.

Reinó un profundo silencio.

Todos los que presenciaban esta escena hallábanse atemorizados; hasta Jorge parecía sobrecogido y medroso.

Pasaron algunos instantes y el ingeniero preguntó:

– ¿Conoces á los asesinos?

– No, no los conozco, han huído, la noche les protege; son tres, uno de ellos es tuerto, otro es ya viejo, tiene ya más de sesenta años, el otro es barbilampiña, bajito y regordete, si los viera... Pero ¡ah! ¿qué veo? Veo una taberna, en ella están los asesinos, la guardia civil llega, cerca la casa, los prende, los amarra codo con codo y los trae á la cárcel de Betaño; los veo, vienen por la carretera, no tardarán en llegar; mañana estarán a... a... aquí.

Dijo esto Matías y cayó al suelo presa de un terrible síncope, prestáronle los auxilios que su estado requería y terminó la reunión.

Suponga el lector los comentarios que harían los que á la sesión asistieron; yo le diré únicamente que los incrédulos eran los más, pero que todos abrigaban cierta duda.

### IV

### ¡YA LLEGAN!

La plaza mayor del pueblo de Betaño estaba llena de gente.

La excitación era grande.

Todo el pueblo sabía que el ingeniero había averiguado con la ayuda de su *medium* que los autores del horroroso crimen habían sido presos por la guardia civil.

En unos grupos se creía como artículo de fe lo que el *medium* había dicho y se esperaba la llegada de los criminales que debían ser encerrados en la cárcel del pueblo, á ser cierta la noticia.

Otros dudaban, negaban algunos, que eran del partido del cura; pero todos hablaban, discutían, gritaban, chillaban, apostaban y aun se dió el caso de que algunos vinieran á las manos.

El secretario iba de corrillo en corrillo, queriendo convencer á los unos, confirmando á los otros en su creencia y pronunciando en todos discursos que terminaban siempre con estas palabras:

– Podrá ó no ser cierto que los criminales hayan sido presos, pero nadie me negará que el *medium* lo ha visto con los ojos de su espíritu. El lo ha visto, y esto es lo importante, lo interesante para mí; si luego resulta que los criminales no han sido presos ¿qué probará esto? Que hay espíritus guasones, lo cual es una prueba de que hay espíritus y de que se ponen en comunicación con nosotros, digo, me parece.

– Naturalmente, le respondían unos.

– Tú sí que eres guasón, le contestaban otros.

Cuando más animadas eran las discusiones llegó á la plaza sudando y jadeante Matías. Se dirigió hacia el secretario, y con voz ahogada por el cansancio y por la emoción le dijo:

– ¡Señor secretario!, señor secretario!, por la carretera trae la guardia civil á los autores del crimen de la posada; son tres, uno tuerto, otro ya bastante viejo y el tercero barbilampiño y regordete.

– ¿De veras?

– Y tan de veras como la luz.

La noticia circuló por todos los corrillos.

Rodearon á Matías y le hicieron tantas preguntas, que no le era posible responder á ninguna.

D. Isidro, después que se hubieron calmado algo los ánimos, dijo á Matías:

– ¡De modo que vencemos, ya no habrá quien dude! Se realiza lo que dijiste en tu sueño *hiptónico* (no había logrado aprender á decir hipnótico).

– ¡En mi sueño! ¿Qué sueño es ese, D. Isidro?

– El tuyo, hombre, el tuyo.

– ¡Pero si yo ahora no tengo sueño!

– ¿Y quién te dice que lo tengas ahora? Basta con el que tuviste ayer, que fué muy bueno, de primera, muchacho, de primera.

– Y yo digo que no entiendo lo que está V. diciendo.

– ¿No mientes?

– Por estas que son cruces, añadió cruzando las manos y besándoselas.

– ¡Ah!, vamos, sí; no recordaba que los *hiptònicados* no recuerdan luego .. Ven ustedes, señores, continuó dirigiéndose á las muchas personas que escuchaban aquel diálogo con la boca abierta por el asombro, esta es una prueba más; pero ¿para qué más prueba si van ustedes á tener la de Santo Tomás?; van á ver y á creer.

Oyéronse entonces voces que decían:

– ¡Ya llegan! ¡ya llegan! ¡ya están ahí!

Momentos después por una de las calles que dan á la plaza entraban un cabo y cuatro individuos de la guardia civil conduciendo á tres hombres, uno tuerto, otro viejo y otro barbilampiño y regordete, que al ser presos en una taberna habían confesado ser autores del crimen de la posada.

El pueblo se indignó y quiso arrastrarlos, costando gran trabajo á los guardias librarlos del furor popular.

Y vea ahora el lector cómo se explica lo que aconteció después.

El furor popular se volvió contra el ingeniero, el secretario y Matías, llamándoles brujos y gritando que los echaran de aquel pueblo, que por ellos se había perdido la cosecha; por ellos había habido epidemia variolosa, y que ellos tenían la culpa de que Cánovas les hubiera quitado los fueros y tuvieran que ser soldados.

Esta excitación no se calmó tan fácilmente.

El secretario tuvo que encerrarse en su casa, y el ingeniero y Matías hubieron de salir del pueblo protegidos por los mismos guardias que condujeron á los criminales.

Matías, al verse fuera del pueblo, dijo sonriéndose á su amo:

– Señor, así paga el pueblo á...

– Quien quiere reirse de él. La broma ha podido costarnos cara.

### V

### SOLUCIÓN DE LA CHARADA

La descifró el padre cura y la hizo saber á todo el pueblo.

Matías era amigo de un guardia civil que estaba de ordenanza del teniente, comandante del pueblo.

Por éste supo la prisión de los criminales.

Hacía días que el guardia ordenanza había convenido con Matías en ir una noche á ver á unas muchachas del pueblo con las cuales tenían amores, y pasar con ellas unas horas de bullicio y alegría.

Para realizar su proyecto tuvo que fingirse enfermo, salir con grandes precauciones de casa de su teniente é ir en busca de Matías.

Todo esto lo supo el cura por una de las muchachas; lo refirió y convenció á todo el mundo, menos á D. Isidro, que contestaba siempre:

– ¡Sí, sí, á mí con esas!

Y se murió convencido de que Matías era un *medium*.

De lo que jamás pudo tener una prueba incontestable es de que hubiera espíritus guasones.

Ricardo Revenga

## EL TEOREMA DE PITÁGORAS

RECUERDOS DE LA VIDA DE ESTUDIANTE

– Joaquín Sánchez, gritó el bedel.

– Servidor, respondí, y entré en el aula temblando todo mi cuerpo y con un nudo en la garganta.

Me senté, no sin antes haber tropezado con la silla y haber dado un empujón á la mesa, que por poco la derribo.

Presidía el tribunal el profesor de Geometría y tenía á su lado al de Física é Historia natural.

Saludé torpemente y entregué á D. Antonio mi papeleta de examen.

D. Antonio, como presidente del Tribunal, leyó: Joaquín Sánchez, y me preguntó:

– ¿Vá V. á examinarse de Geometría?

– Sí, señor, dije yo, que ya iba adquiriendo relativa serenidad.

D. Antonio me miró de una manera muy expresiva, y después, consultando su lista de clase y sus notas, dijo:

– Ventitrés faltas y ninguna nota buena. Malas, muy malas recomendaciones son; pero en fin, eso no obsta para que sepa V. más Geometría que Euclides. Todo puede ser, y ojalá sea así. Vamos á verlo. Saque V. una bola.

Movió el bombo, metí yo en él la mano y saqué una bola que dí á D. Antonio.

– El 27.

– El 27, pensé yo, ¿de qué tratará?

Miró D. Antonio el programa y dijo:

– El teorema de Pitágoras. Salga V. á la pizarra y diga lo que sepa.

Me levanté, y mientras me dirigía hacia la pizarra iba pensando en que no sabía más de aquel teorema, sino que muchas veces me había reído de su nombre. El teorema de *Pintagorras*, como yo le llamaba, me era tan desconocido como el emperador de la China.

Haciendo un esfuerzo de memoria, recordé haber visto trazada la figura en el libro de texto, y con gran desenfado cogí el yeso y comencé á trazar rayas con mucha parsimonia, pues cuanto más tiempo emplease en la parte gráfica tanto menos me quedaba para la oral.

D. Antonio tenía poca paciencia y era ya profesor antiguo, y no tardó en comprender mi inocente artificio.

– Dése V. prisa, me dijo, no se trata de que dibuje V. una virgen de Murillo Ponga V. ahora las letras.

Seguí en mi ardid y comencé á dibujar unas hermosas letras.

– ¿Se dedica V. ahora á la Caligrafía?, me preguntó D. Antonio.

Borré una G que había puesto.

– ¿Por qué borra V. esa G?, me dijo el profesor.

– Para que no se confunda con esta C, contesté señalando esta última letra.

– ¡Pensamiento acertadísimo!, observó D. Antonio con ironía. ¿Ha terminado V.?

– Sí, señor.

– Pues comience su explicación.

Entonces empezó Cristo á padecer; esto es, entonces empezaron mis sufrimientos.

Callé un rato mirando á la pizarra, al techo y al suelo, como si de allí hubiera de venir la ciencia.

– Estamos esperando, dijo D. Antonio. ¿Sabe usted ó no enunciar el teorema?

– Sí, señor.

– Con verlo basta; conque vamos á verlo.

Me rasqué la cabeza, saqué el pañuelo é hice como si me sonara, tragué saliva y dije tartamudeando:

– En un triángulo... en un triángulo...

– Vamos á ver, ¿qué pasa en un triángulo?

Me sentí inspirado de pronto y añadí:

– En un triángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los dos catetos.

– ¿En un triángulo?, me objetó D. Antonio. ¿En cualquier triángulo?

– No, señor, dije.

– Explíquese V. ¿En qué triángulo?

– En un triángulo rectángulo, me dictó el Espíritu Santo ante mi duda.

– Eso es; en un triángulo rectángulo. De modo que, según dice V., ¿ese cuadrado grande es igual á cada uno de los dos cuadrados pequeños?

– Sí, se..., comencé á decir, pero miré la figura y



EN LAS DUNAS DE KATWYK, cuadro de Juan Bartels

PESCADORES DE MADEROS EN EL LAGO DE CONSTANZA, cuadro de J. Wopfner

Premiado en la actual Exposición de Obras de Arte de todas las Naciones, de Munich



TOLEDO.–PUERTA DEL CLAUSTRO, EN EL MUSEO –SAN JUAN DE LOS REYES

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA




**MARTE, estatua de D. José Alcoverro.** Premiada con medalla de segunda clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

en seguida me saltó á la vista lo desatinado de la respuesta.

– No, señor, dije rectificando, y otra vez mi ángel bueno me inspiró y dije: es igual á los dos juntos.

– Pues, si es igual á los dos juntos, diga V. equivalente á su suma y no igual. De manera que tenemos que en un triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es equivalente á la suma de los cuadrados de los catetos. ¿No es eso?

– Sí, señor.

– Trabajillo costó, pero salió. Y diga V., si yo le dijera que eso no es verdad, ¿qué diría?

– Yo, nada.

D. Antonio y los otros dos profesores que componían el tribunal echáronse á reir al oir mi inocente contestación.

– Es V. de muy buen componer. Así que si yo digo que eso no es verdad, ¿V. tan conforme?

Callé y comencé á sudar.

– Vamos, conteste V. ¿Es verdad ó no es verdad?

– Sí, señor.

– Pues yo no lo creo; conque será preciso que V. me lo demuestre, porque yo soy como Santo Tomás. ¿V. sabe lo que hizo Santo Tomás?

– Demostrar que en un triángulo rectángulo el cuadrado de la hipote...

Las carcajadas de los profesores me cortaron la frase y me dejaron helado, pues yo creí haber puesto una pica en Flandes.

– Vamos, ¿recuerda V. la demostración?, dijo don Antonio.

Silencio profundo por mi parte.

– ¿No recuerda V. que debe prolongar los dos lados D E y M F hasta que se encuentren? Prolónguelos V.

Yo continuaba mudo.

– ¿No le parece á V. necesario trazar una línea desde N por A hasta la base del cuadrado B H F C?

A decir verdad, á mí no me parecía muy necesario, pero lo hice.

– ¿Y después no deberá V. prolongar los dos lados B F ó F C?

Prolongué los dos lados y mi suplicio me pareció mucho más prolongado. Apenas respiraba; ya no podía más.

– Ahora, continuó D. Antonio, la demostración la haría un niño de dos años. ¿No tiene V. nada que decir sobre los triángulos B A C y N A F?

Yo hubiera dicho que me parecían soberanamente antipáticos, pero preferí terminar de una vez mis angustias y dije:

– No tengo nada que decir.

– De manera que esos dos triángulos no valen nada para...

– Para mí entre los dos no valen dos cuartos.

– ¡Bravo!, replicó el profesor. ¿Toma V. así las cosas? ¿Confiesa V. que no sabe una palabra?

– Palabras, sé muchas; pero no sé ninguna sobre el teorema, ni conozco al señor de Pitágoras más que para servirle.

– Puede V. retirarse y ya sabe V. lo que le espera. Veremos si el año que viene pasa V. las horas de clase leyendo novelitas y pintando monigotes mientras yo explico, y si además se entera de que en Geometría el teorema de Pitágoras es el *quis vel qui* del latín. Todos los borricos se atascan aquí.

Salí del aula, y tres ó cuatro condiscípulos que me esperaban y que habían hecho un examen tan brillante como el mío me preguntaron:

– ¿Qué tal?

– Suspenso, contesté pavoneándome con cierto orgullo. Y añadí: Siempre he dicho que las matemáticas no se han hecho para mí; eso se queda para los machacones.

– Claro, exclamó uno de mis émulos.

– ¿Y qué lecciones te han tocado?

– Una sola, como no he respondido á la primera ni siquiera he sacado las otras dos bolas He dicho que no sabía una palabra del teorema de Pitágoras y se acabó el examen. ¡El teorema de Pitágoras! ¿Y á mí qué me importa que el cuadrado de la hipotenusa sea igual... digo, no, equivalente al cuadrado de los catetos?

– Qué cosas tan interesantes nos quieren enseñar los profesores, dijo uno.

– Gracias á que nosotros no queremos aprenderlas, objetó otro sabio del porvenir.

– Y además, añadió un tercero, si son iguales ¿para qué nos lo han de estar contando?

– La verdad es, dije yo resumiendo la cuestión con la prosopopeya de un hombre de gran experiencia, que la educación que nos dan es de lo más deficiente que puede haber. La manera de examinarnos es absurda. Sacar tres lecciones á la suerte, esto es jugar la ciencia como quien juega á la lotería. ¿No puede darse el caso de que uno sepa tres lecciones y deje de saber noventa y siete y le toquen en suerte las tres únicas que sabe? A ese le darán sobresaliente. Y ahora bien, añadí (debo advertir que entonces tenía yo mis pretensiones de orador y que era secretario de la Juventud Escolar), y por el contrario, ¿no puede haber uno que sepa noventa y siete lecciones y deje de saber sólo tres y sean éstas las que le toquen? A este tal le darán suspenso. Así se juzga de la capacidad y de la ciencia La cosa no puede ser más absurda. Si á mí me hubieran salido las tres primeras lecciones tendría yo ahora un sobresaliente como una casa. ¡Yo sobresaliente en Geometría! ¡En lo que más odio!

Mi discurso produjo tal efecto entre mis oyentes, que me entusiasmé y con gran fuerza proseguí mi peroración. Hablé de la libertad de enseñanza, ensalzándola mucho, de los sistemas de educación en Alemania y Francia y de otras mil cosas que si no probaban que supiera yo Geometría, probaban al menos que tenía un desparpajo y una desvergüenza como pocos.

Concluyó mi discurso y llegó la hora de ir á mi casa, después de haber recibido de manos del bedel mi papeleta de examen en la que se veía escrito en gruesos caracteres: «Geometría: Suspenso.»

Mientras me encontré entre mis compañeros me sentí muy valeroso; pero al subir la escalera de mi casa huyó el valor, no me acordé de mis argumentos en pro de la reforma del sistema de enseñanza y pensé en el sermón que iba á regalarme mi padre y en el disgusto que mi madre iba á recibir. Aquel examen tan ignominiosamente perdido tuvo una gran influencia en mi porvenir.

Era aquel el cuarto fracaso que había sufrido en mis estudios, y mi familia decidió que puesto que no quería estudiar debían renunciar á darme una carrera literaria. Además, la posición de mi padre no le permitía sufragar los gastos de una carrera no demostrando yo gran afición al estudio. Era preciso, dada mi edad, que ganara algo, y se decidió que entrara en una casa de comercio.

Era el partido más razonable y práctico que debía tomarse, y no tuve derecho ni fuerza para oponerme á él; pero aún lo recuerdo, aquella decisión me causó una gran pena. Mi aversión se extendía á las ciencias matemáticas, pero no á las otras materias de enseñanza. Además gustábame mucho ir á la Universidad, sentía gran afecto á aquellos severos claustros que llenábamos de vida y alegría. Iba á perder aquellas horas en las que con mis amigos referíamos cuentos sentados en un banco, mientras que otros compañeros escuchaban las explicaciones de los profesores.

Y todo esto por el maldito teorema de Pitágoras. Si me hubiera salido otra lección hubiera podido salir del paso como en años anteriores.

Durante muchas noches soñé con el maldito teorema. Veía siempre aquel triángulo con sus cuadrados y las letras mayúsculas que parecía se mofaban de mí, diciendo:

– ¡Imbécil, torpe! ¿No sabes que B A C es igual á N A F, A F B N A B igual á D E A B? En mi sueño cambiaban las letras de lugar, combinándose de mil maneras danzaban y bailaban.

La F parecía decirme: te has quedado con un palmo de narices, y la B me gritaba: detrás de mí vienen más compañeras y entre ellas y yo formamos tu nombre: B, u, Bu...; rr, o, rro.

Este sueño llegó á ser mi pesadilla durante muchas noches. Veía siempre aquel terrible triángulo rodeado de sus cuadrados.

El suplicio no fué constante; que todo acaba en el mundo, como dijo el poeta; y el tiempo con su esponja borró de mi mente aquel recuerdo.

Han pasado muchos años, y hace pocos días se apareció ante mí inopinadamente la malhadada figura del teorema de Pitágoras dibujada en un cuaderno de mi hijo.

– Esta es sin duda la maldición de Dios, pensé, que se trasmite de padres á hijos hasta la cuarta generación. ¿Si también á mi pobre hijo le será fatal el teorema de Pitágoras?

Quise averiguarlo, y cuando el niño volvió del colegio le pregunté:

– ¿Habéis llegado ya al teorema de Pitágoras?

– Sí, papá, me respondió.

– Teorema difícil, ¿eh?, añadí.

– ¡Difícil! No, dijo el niño sonriendo.

– ¡Hola! ¿Quieres presumir de listo haciéndome creer que te parece fácil?

– Ya lo creo que me parece.

– Vaya, pues pruébamelo, dije sin saber lo que decía y sin darme cuenta de que no podría enterarme de la prueba.

– En seguida, dijo el chicuelo. Y á las palabras siguieron los hechos.

Cogió una hoja de papel y un lápiz y trazó rápidamente la cabalística figura.

– ¿Qué demostración quieres?, me preguntó.

– La que más te guste, respondí yo, que no sabía ninguna.

– Pues daré la más común, prosiguió mi matemático.

Dicho esto, trazó y prolongó las líneas que D. Antonio me había hecho prolongar hacía ventiséis años, y con gran seguridad me demostró que el triángulo B A C era igual al triángulo N A F, y continuó su demostración.

Cuando hubo terminado dijo el muchacho:

– Ahora si quieres podemos llegar á la misma conclusión por otro camino.

– ¡Por Dios hijo mío!, interrumpí, ya que hemos llegado descansemos de las fatigas del viaje.

– ¡Pero si yo no estoy cansado!

¡No estaba cansado! Indudablemente el chicuelo era un Newton en estado de canuto. ¡Qué hablen ahora del principio de herencia!

– ¿Supongo que en matemáticas serás el primero de la clase?

– No, me respondió; hay tres que están primero que yo. El teorema de Pitágoras es muy fácil; ya sabes que es como el *quis vel qui* todos los borri...

– Sí, le interrumpí, y pensé: después de ventiséis años oigo en boca de mi hijo las mismas frases que había oído á D. Antonio el día memorable de mi examen. Quise salvar el decoro, y dije con seriedad:

– Ya sé todo eso; hablé en broma y por probarte. Cuida mucho de no enfatuarte por tan poco. El teorema de Pitágoras lo sabe todo el mundo menos...

– Los que no están atentos en clase, y en lugar de escuchar al profesor leen novelas ó pintan monigotes.

– Otro castigo del cielo, pensé.

Mi hijo añadió:

– Hay algunos que no son burros, pero como no atienden...

Me así á aquella tabla de salvación y dije:

– Así es, todos los que no atienden, y añadí: indudablemente yo no debí atender.

– ¿Cómo? ¿tú?, dijo mi hijo queriendo averiguar y sintiendo grandes ganas de reir. ¿Tú?

– ¡Eh, basta!, dije haciendo el serio, no profundicemos.

Como se ve, el teorema de Pitágoras me ha costado una nueva y gravísima humillación y, sin embargo, le tengo cariño; me parece que es algo mío, algo como de mi familia, el teorema de Pitágoras.

RAFAEL M.ª LIERN

## LAS GRUTAS DE KOURSK

(RUSIA)

Recientemente se han descubierto en el gobierno ruso de Koursk dos curiosas grutas, una en el distrito de Starookolsk y otra en el de Novooskolsk, practicadas ambas en montañas de greda.

La entrada de la primera se abre á unos treinta *sagenes* (noventa y cuatro metros) sobre el pie de la montaña, y presenta una abertura bastante estrecha que da acceso á un corredor suficientemente ancho para que por él pueda circularse sin dificultad. Otras tres galerías que van á parar á la entrada principal están divididas por varias columnas, y tienen en sus paredes laterales unos nichos en los que cómodamente puede colocarse un hombre. Los muros están adornados con cruces labradas en relieve y con inscripciones hechas al carbón. Una de esas galerías conduce á una capilla subterránea abovedada, en la que se ve una especie de iconostasio y de puerta santa, de la que sólo quedan el pilar de la derecha y un trozo del de la izquierda, todo ello tallado en la greda.

La capilla de la segunda gruta, más vasta y mejor conservada, ostenta seis columnas: una galería lateral conduce desde el corredor principal á una fosa, que debía ser el lugar de sepultura. Contiene la gruta además seis celdas, y cerca de su entrada hay una vieja capilla de madera, que al decir de los ancianos de la comarca se construyó á mediados del siglo anterior.

Algunos creen que esas grutas fueron obra de sectarios fugitivos; otros opinan que datan de la época remota de las incursiones de diversas hordas salvajes en las localidades que hoy constituyen la provincia de Koursk. Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que se trata de un descubrimiento digno de profundo estudio y de un ejemplar arqueológico bastante raro.

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### LAS CENIZAS GEOLÓGICAS

Al concluir el carnaval, cuando las escayoladas ó enceradas caretas caen y quedan los rostros pálidos ó rosados al descubierto, como última careta del alma que sólo la muerte hace caer en plazo fijo; cuando dominós ó disfraces se desprenden con los jirones que en ellos dejó la desenfrenada orgía, abandonando su puesto á otros disfraces más ó menos ridículos, que la moda prepara para cubrir el terrenal disfraz de la carne; cuando, en suma, el cansancio del placer deja el cuerpo maduro para las tristezas y contriciones de la cuaresma, á todo fiel cristiano le ponen la *ceniza en la frente*, sin que esto quiera decir que no se la pongan, aun con más frecuencia y con mucho más encarnizamiento, en todo el resto del año.

A nuestro viejo y venerable globo pusiéronle la ceniza en toda su redondez desde las primeras épocas geológicas.

¿Qué es la ceniza? Los residuos fijos de la combustión; lo que no se redujo á gas; lo que no se fué por los aires; lo que quedó como frío y triste residuo del alegre hogar, cuando se desvanecieron las flotantes llamas y se apagaron las rojizas ascuas; las pulverulentas cenizas de su cuaresma, como despojo de sus carnavalescos y juguetones resplandores.

Pues esto es, ni más ni menos, casi toda la envolvente de la masa terráquea.

Pisamos más que polvo; pisamos ceniza. Aquellas alegres fiestas del planeta hecho fuego, que se iba girando por el espacio como en gigantesco vals, tuvieron un fin y quedó la inmensa superficie del esferoide cubierto de helados residuos; helados decimos con verdad al comparar su temperatura de hoy con la de sus pasados ardores.

Y para que no se crea que estas son comparaciones más ó menos caprichosas, pero sin fundamento serio y positivo, fijemos las ideas y sustituyamos á las imágenes los hechos.

Cuando en el orden de los fenómenos químicos se ponen dos cuerpos en presencia, y entre ambos cuerpos existe lo que hasta aquí se ha llamado afinidad, y las circunstancias son favorables, siempre se precipita uno hacia otro, como si en uno solo quisieran confundirse; es algo así como un amor inorgánico, un deseo de unidad, una boda atómica, de la cual la naturaleza es el gran sacerdote, y el químico, llámese Lavoisier ó Bertelot, lleva en su laboratorio algo parecido al registro civil.

Los dos cuerpos, el carbono y el oxígeno, pongo por caso, andaban sueltos por el espacio en alegre soltería; pero les envolvió la misma esfera de atracción y se precipitaron arrebatados y amorosos para formar una familia, un todo más ó menos estable; que en la química hay también sus adulterios y sus divorcios.

Pero el carbono y el oxígeno al chocar traían grandes velocidades, ó como se dice en mecánica, grandes *fuerzas vivas:* después del choque ambos quedan á pequeñísima distancia uno de otro, formando un grupo permanente que marcha unido, y la curiosidad pregunta: ¿aquellas velocidades, aquellas fuerzas vivas, *qué se hicieron?* Y la pregunta es natural y la curiosidad legítima; que no siempre ha de preguntarse con Jorge-Manrique: ¿los infantes de Aragón, qué se hicieron?

Yo creo, á fuer de hombre del siglo XIX, que con tanta razón puede preguntarse por las fuerzas vivas de dos átomos, como por los *paramentos, bordaduras* y *cimeras* de que nos habla el inmortal poeta.

Y penetrado de este mi derecho, sigo preguntando á los espacios intermoleculares y á las leyes de la química y á todo cl que lo sepa ó lo sospeche, por el paradero de las mencionadas *fuerzas vivas* ó de las supuestas *velocidades.*

La termo-química contesta que esas velocidades ó fuerzas vivas se convierten en calórico; que en *casi todas* las combinaciones químicas hay desprendimiento de calor; que en estos consorcios inorgánicos, como en todas las bodas de plantas y animales, la *temperatura* se *eleva*. Se unen dos seres, un galán y una dama, ó dos flores de distinto sexo, ó un modesto *pistilo* y un gallardo *estambre*, ó un átomo de carbono y otro de oxígeno, y el termómetro sube, como diciéndonos: «gran fiesta, la unidad suprema se realiza, la variedad egoísta cede á misteriosa atracción, el amor triunfa, bodas tenemos.»

Pero la comparación que empezó alegre, acaba triste; porque realizada la unión química, desvaneciendo el calórico, lo que queda es precisamente *ceniza;* algo ya saciado é inerte, sin energía potencial, sin germen de nueva vida, á no ser que nuevas atracciones químicas le soliciten. En cuyo caso tendremos la repetición compleja del fenómeno simple que antes analizamos; por ejemplo: el carbono y el oxígeno formando ya ácido carbónico, se podrán unir á la *cal*, y resultará *carbonato de cal; ceniza de cenizas*, residuo de grandes potenciales caloríficas, un esqueleto que olas y vientos reducirán á polvo en los acantilados de las costas bravas.

Toda la corteza sólida del globo no es otra cosa que lo que ha quedado después de grandes evoluciones químicas y de grandes maridajes, divorcios, nuevas uniones, luchas y catástrofes más formidables que las que nos pintan todos los trágicos y dramáticos del ciclo clásico ó del mundo moderno.

Hoy el químico en su gabinete, como el autor dramático y el actor en el escenario de un teatro, reproducen en mezquina escala aquellas luchas de atracciones y repulsiones atómicas, que son en cierto modo como las rígidas y reglamentadas pasiones de la materia inerte.

Por ejemplo: el químico toma un pedazo de roca caliza, la tritura y la arroja en un vaso. Aquella roca entera ó desmenuzada, ¿qué es en sí misma? Un maridaje químico, un consorcio del *ácido carbónico* con la *cal* (ú óxido de calcio). Si la comparación no pareciese á ciertos lectores serios y estirados sobradamente extravagante, diríamos que la caliza en cuestión no era otra cosa que el matrimonio atómico de un esposo respetable y respetado, es decir, el *ácido carbónico*, con una señora digna de toda consideración que no responde al nombre de *cal*, pero que *cal* se llama, como pudiera llamarse Paz, Sol ó Luz. Esta unión del ácido carbónico y de la cal se apellida por la unión de los nombres de ambos cónyuges *carbonato de cal.*

La unión es íntima, profunda y al parecer feliz, si hay felicidades en el mundo imperceptible de las moléculas y de los átomos.

Pero el químico, á manera de diablo tentador, arroja *ácido sulfúrico*, que vulgarmente se llama vitriolo, sobre el carbonato, y ¡adiós paz, tranquilidad y constante unión!

El *ácido sulfúrico* es una especie de don Juan Tenorio, bravo, impetuoso, de fuerza incontrastable, apasionado de todas las *bases*, que es como si dijéramos de todas las *damas* de la Química. Nada respeta, ni nada le contiene; destruye, abraza, pincha, muerde; ni el héroe del inmortal Zorrilla hizo mayor estrago en el mundo de los humanos de ambos sexos con sus pasiones y su tizona.

Llegar el ácido sulfúrico á ponerse al alcance del carbonato de cal y empezar la tragedia y el adulterio, todo es uno. ¡Y luego hay pobres diablos que se quejan de ciertos argumentos!

Ello es, que el fogoso galán destruye implacable la unión de don *ácido carbónico* con doña *cal*. Arroja ignominiosamente al pobre ácido carbónico, que se va echando espumarajos de rabia por los aires, y se apodera con irresistible pasión de la pobre y débil esposa. Escena final de esta tragedia: el ácido carbónico, que se evapora, como debiera evaporarse todo esposo que en idéntica situación se encuentre; y he aquí cómo á veces los seres inorgánicos dan muestras de prudencia suma y de exquisito tacto.

Esto por una parte, y por otra el ácido sulfúrico y la cal, que se unen estrechamente formando un nuevo consorcio, el *sulfato de cal;* unión que por sus especiales condiciones siempre me pareció menos legítima que la precedente.

¿Pero cómo pudo desalojar el ácido sulfúrico al ácido carbónico de su íntima unión con la cal? ¿Por qué esta *base* prefirió el intruso galán al esposo legítimo que en el seno de las evoluciones geológicas le deparó el destino?

¡Oh ley suprema de la naturaleza! ¡Oh unidad eterna de las grandes leyes! ¡Cuántas que parecen comparaciones, imágenes, metáforas, juegos de la imaginación, analogías artificiosas, caprichosas combinaciones, serán tal vez íntimas y profundas verdades de *esencia única* con apariencias y vestiduras diversas!

Ello es que la *cal*, la dama de nuestro ejemplo, la desposada con el ácido carbónico, prefiere á éste el ácido sulfúrico por esta razón suprema de la termoquímica; á saber: porque su unión con el último desarrolla más calor que con el primero.

El galán, en forma de vitriolo, tiene más potencia calorífica que el gaseoso y legítimo esposo.

Toda unión química que desarrolla *mayor número de calorías*, por regla general se realiza, aunque provoque catástrofes, rupturas y escándalos efervescentes. Toda unión que desarrolle *menor número de calorías* se deshace sin respeto á la tradición geológica.

¿Por ventura esta ley de la química está encerrada en los frascos y retortas de un laboratorio? No lo parece; más bien se diría que se escapó del poder de Fausto y que anda desatada por el mundo.

En resumen, la costra de nuestro planeta es un montón de cenizas.

Ceniza, el carbonato de cal; cenizas, las arcillas que constituyen inmensas formaciones geológicas; ceniza, el hierro que casi siempre se presenta oxidado, como producto de una combustión; cenizas, casi todos los metales, que ya se encuentran unidos al oxígeno, ya en otras combinaciones más ó menos complicadas.

Toda la industria no hace otra cosa *que animar, que resucitar*, diríamos mejor, estas frías é impotentes cenizas prehistóricas por la fuerza fecunda del *calor*, que es algo así como el instinto amoroso de la materia inerte.

JOSÉ ECHEGARAY

***

### NAVEGACIÓN Á LA VELA

¿Qué es la navegación á la vela? Según Muchall Viebrook, autor de la excelente obra *Seglers Handbuch*, es el arte de mover un barco utilizando el viento, y no sólo en la dirección de éste, sino también en una línea que forme con ella un ángulo más ó menos abierto. Esta definición tiene un ligero defecto: navegar con viento de popa por medio de una ó más velas no es en rigor un arte; el arte comienza propiamente cuando se quiere navegar en una línea que forma ángulo con la dirección del viento, siendo mayores las dificultades cuanto más agudo es este ángulo.

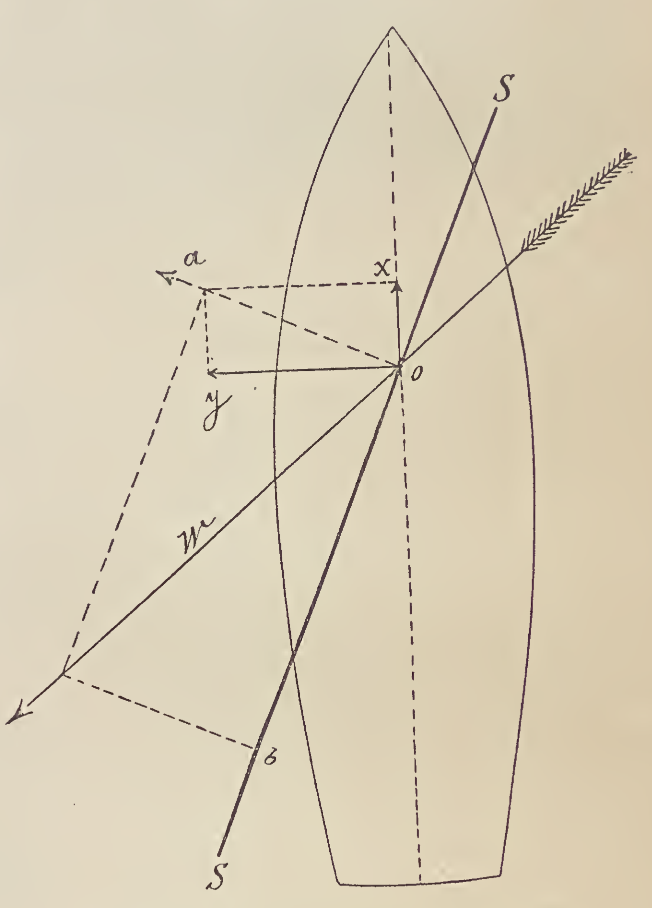
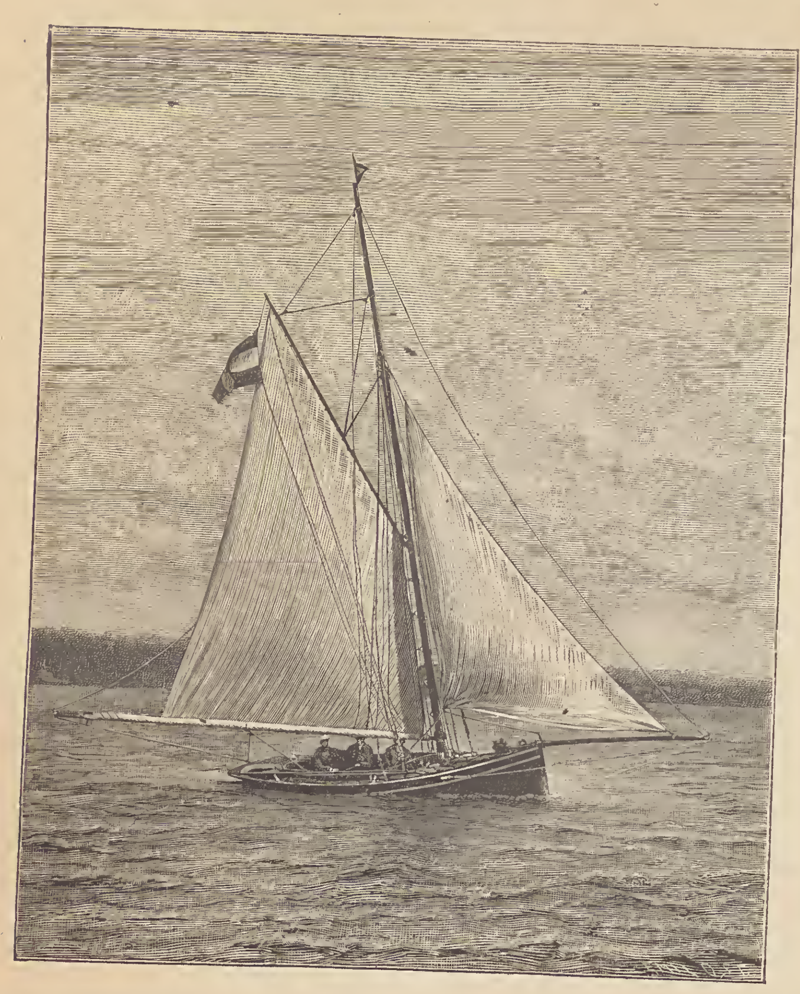



Fig. 1. Barco de vela navegando con viento contrario

Veamos de qué medios se ha valido el hombre para haber llegado á navegar en todas direcciones, excepción hecha de la enteramente opuesta al viento. Para ello hemos de explicar la acción que éste ejerce sobre la superficie del velamen.

La fig. 1 representa un yacht que navega con viento contrario: la flecha W indica la dirección del viento, y la línea S la posición de la vela. La fuerza del viento que formando ángulo obra sobre el punto *o* de la vela puede descomponerse, según acertadamente indica Viebrook, por la ley del paralelogramo de las fuerzas, en la fuerza *o a*, que obra en ángulo recto sobre la vela, y en la *o b*, que se desliza á lo largo de ésta y no ejerce acción sobre ella. La fuerza *o a*, á su vez, se descompone en la fuerza *o x*, que impulsa al barco hacia adelante y en la *o y*, que forma ángulo recto con la anterior y empuja hacia un lado la embarcación. «Como la resistencia opuesta al avance – dice Muchall – es mucho menor que la lateral, el abatimiento (ó sea el movimiento lateral) será pequeño en


Fig. 2. Yacht de regatas inglés

proporción del avance y disminuirá á medida que aumente la resistencia lateral producida por la presión del agua sobre la parte sumergida de la nave.

En estas líneas está todo el secreto de la navegación á la vela con viento contrario; bien entendido que navegar así, sólo es posible cuando la resistencia del barco al abatimiento es mayor que la que encuentran las busardas para cortar el agua. Así se explica que las canoas de quilla plana y sin carga sólo puedan navegar viento en popa, y que los barcos estrechos y de mucho calado naveguen más fácilmente en una dirección en que el viento forme con la quilla el ángulo más agudo posible. Esto último debe entenderse dentro de ciertos límites, pues con el calado aumenta la resistencia del agua al avance, además de que el gran calado es peligroso en muchas costas de poco fondo.

Para que los barcos de quilla plana puedan navegar en aguas profundas con viento contrario, se ha inventado lo que se llama *espada*, ó sean dos tablas que se colocan á los lados de la embarcación y de las cuales se deja caer al agua la que está á sotavento, merced á lo que se aumenta la resistencia lateral y se disminuye algo el abatimiento. Otra espada más perfecta consiste en una tabla recia proporcionada á las dimensiones de la nave ó en una plancha de hoja de lata que por una hendidura especial se hace descender hasta la quilla cuando el barco ha de oponer una gran resistencia al abatimiento; para evitar que el agua penetre por esta rendija, hay construída sobre ella lo que se llama la caja de la espada, que llega hasta más arriba de la línea de flotación y en la cual va contenido aquel aparato supletorio.

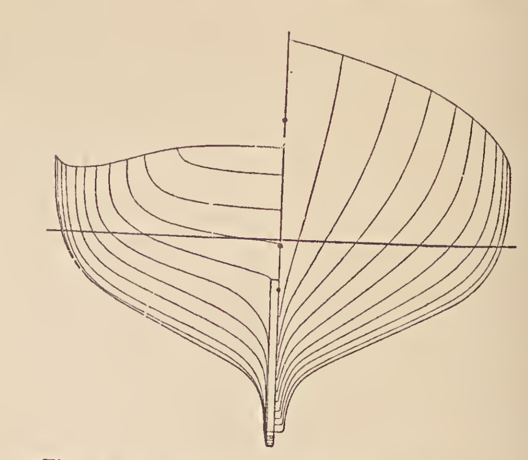
Recientemente, comprendiendo la conveniencia de construir barcos que viniesen á ser el término medio entre los de quilla plana y anchos y los de gran calado y estrechos, se ha creado el tipo medio, que es el que hoy prevalece para los yachts de regatas: como modelos en este género podemos citar el *Wannsee* (figura 3) y el *Ostsee*, cuyas costillas reproduce la fig. 4, en la que las líneas de la derecha representan la posición de las costillas de la proa y las de la izquierda las de la popa. El *Ostsee*, á pesar de todo, lleva su espada, que utiliza poco porque su calado es bastante grande.

La propiedad de navegar con viento contrario aparece sobre todo en los barcos provistos de cangrejas, cuya posición normal es paralela á la quilla, y que son, para lograr aquel objeto, mucho más útiles que las velas cuadradas ó trapezoidales. La forma y posición de las cangrejas puede verse en la fig. 3: el mástil se alza en un tercio de la eslora; detrás de él se ve la vela mayor trapezoidal, y en la prolongación del mástil, ó sea en la verga, la gavia, trapezoidal también. Delante del mástil hay una pequeña vela triangular, la vela de mesana, y otra mayor, el foque. Suelen además estas embarcaciones llevar otras velas complementarias.

La fig. 5 representa la posición de la vela mayor en un yacht en las distintas direcciones del viento; las minúsculas y las flechas indican la dirección del viento y las mayúsculas la posición de la vela. Si el viento sopla en dirección *a*, la vela se coloca en la posición A y el barco navega contra viento y lo más cerca posible de la dirección de éste; y si el yacht ha de ir al punto mismo de donde el viento viene, avanza en zigzag acercándose á cada bordada más á la meta. Cuando el viento sopla en *b* se dice que el barco anda á medio viento y la vela se coloca en B: con tres cuartos de viento, es decir, cuando éste sopla en *c*, la vela se pone en C, y si el viento es de popa, *d*, la vela forma con la quilla un ángulo de 90 grados. Este último modo de navegar no es, como generalmente se cree, el mejor, puesto que la presión del viento sobre la vela y sobre el mástil hunde la proa y dificulta el avance, y además, las velas bajas no toman viento alguno. La mayor rapidez se logra con tres cuartos de viento, y casi igual se obtiene con medio viento. La navegación más lenta es, como se comprenderá, la que se hace contra viento.

Para evitar los peligros á que está expuesto un barco que navega á sotavento (peligros que se comprenden con sólo tener en cuenta la presión que el viento ejerce sobre los costados de la nave); es decir, para lograr la estabilidad del barco, los buques mercantes tienen la carga ó el lastre, que se coloca en lo más hondo de los mismos: los barcos de recreo apelan para ello al lastre artificial permanente, y como la arena, la piedra y el agua tienen menos peso específico de lo que aquéllos necesitan y ocupan demasiado espacio, emplean para ello las barras de plomo colocadas, no dentro del barco, sino debajo de la quilla, con lo que es imposible que puedan ser tumbados.

Pero con este sistema se hace indispensable que las embarcaciones no puedan hacer agua, pues de lo contrario el peso de la quilla precipitaría la inmersión; para ello se colocan debajo de cubierta y de los bancos cajones de aire, calculados de modo que sean bastantes á sostener el barco y la tripulación aunque aquél se llene de agua. En los barcos grandes ó muy


Fig. 4. Posición de las costillas de proa y de popa del yacht *Ostsee*

cargados, en los cuales los cajones serían imposibles por su excesivo volumen, se logra el mismo objeto cerrando la cubierta y dejando solo un espacio aislado del resto de la obra para los tripulantes; espacio calculado de manera que aunque se llene de agua, el peso de ésta no influya en la estabilidad del barco.

El peso del lastre ha de estar en relación con el tamaño del barco, con su estructura y con la superficie del velamen: así las embarcaciones estrechas y de mucho calado necesitan más lastre que las anchas y planas.

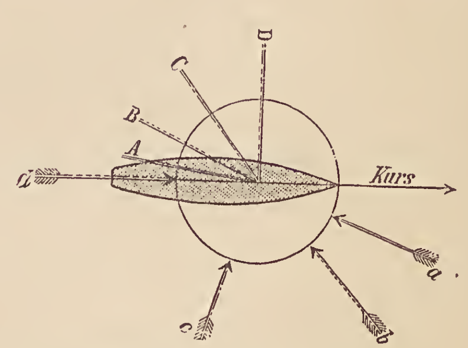


Fig. 5. Distintas posiciones de la vela mayor según la dirección del viento

Los yachts de regatas llevan, en proporción á la parte sumergida, doble y aun triple velamen que los mercantes de iguales dimensiones, de suerte que por poca brisa que sople corren mucho; en cambio han de tomar rizos más pronto en cuanto el viento arrecia algo. En este caso se empieza por arriar el perroquete y la vela del estay, y si esto no basta, se quita una vela baja ó se sustituyen las grandes velas bajas por pequeñas y al propio tiempo se disminuye la superficie de la vela mayor en proporción á la fuerza del viento y á la estabilidad del barco.

Esto que en los buques que cruzan el mar se obtiene por medio de los rizos, se logra en los yachts destinados á la navegación fluvial por un procedimiento menos seguro, pero más práctico y rápido, que consiste en estar la vela de tal manera unida al mástil, que dando vueltas á éste con un aparato especial, aquélla se va plegando en la medida que se quiere. La fig. 2 representa arrollada de esta suerte la vela. Si el viento se hace tempestuoso, se sustituye la vela baja por un contrafoque y la mayor por una vela pequeña triangular ó cuadrangular.

El difícil arte de navegar á la vela no se aprende en los libros, sino con la práctica y la costumbre, y sólo á fuerza de viajes puede enriquecerse el caudal de conocimientos en esta materia. Lo más difícil es navegar muy contra viento, sobre todo cuando se trata de *ganar altura*, es decir, de llegar á un punto de donde el viento viene: el arte consiste entonces por un lado en dirigir el timón de modo que las velas permanezcan llenas, que no relinguen, lo que acontece cuando el timonel estrecha demasiado el ángulo que forman la quilla y la dirección del viento; y por otro en aprovechar todos los impulsos de la brisa para disminuir este ángulo y aproximarse de este modo al punto hacia donde el barco se encamina.

(De la Revista alemana *Prometheus.*)

Fig. 3 El *Wannsee*



# TODA UNA JUVENTUD

POR

## FRANCISCO COPEE

**Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot**

(CONTINUACIÓN)

El «hermoso primer papel» en el curso de la obra debe llevar todavía á cabo cierto número de acciones sublimes, arengar á la multitud desde lo alto de una escalera practicable, insultar cara á cara á un poderoso monarca y arrojarse, siempre con botas de campana, en las llamas de un incendio. El ideal sería que pudiese descubrir América como Cristóbal Colón, ganar batallas campales como Bonaparte y morir en la Cruz como Jesucristo; pero lo esencial es que no abandone casi nunca la escena, que hable continuamente, y que la obra sea una especie de monólogo en cinco actos.

El papel de viejo trabajador ofrecido por Amadeo á Jocquelet, sólo obtuvo de éste, en la primera lectura, una mueca de descontento. No obstante, el actor concluyó por reconciliarse con el personaje, le estudió, le *ahondó*, valiéndonos de su expresión, y un día llegó acalorado á casa de Violette:

– Creo que ya he cogido á mi buen hombre, – exclamó. – Le vestiré con un chaleco de tricot, manchado y roto, y una blusa azul muy sucia. Porque representa un viejo conejo de mucho pelo, ¿no es así?... Pues bien: en la escena del acto tercero, cuando le dicen que su hijo es un ladrón y él desafía á todo el obrador, al batirse se abrirán sus ropas, inclusa la camisa, y como yo no soy velludo, me pegaré crepé gris en la boca del estómago... ¡Ya verás qué efecto!

Reservándose el disuadir á Jocquelet de ensuciarse el pecho para tiempo oportuno, Amadeo ha llevado su manuscrito al director del Teatro Francés, que le ha pedido algún tiempo para examinarle, prometiendo al joven poeta que le dirá en seguida si se compromete ó no á leer la obra al comité.

Amadeo, pues, está lleno de ansiedad, aunque Mauricio Roger, que conoce la obra acto por acto, le haya predicho que será recibida con entusiasmo.

Desde hace un año el hermoso Mauricio se halla instalado en un estudio de la calle de Assas, y hace alegre vida. ¿Trabaja? Alguna vez, por capricho, como voluptuoso que es; y aunque apenas están indicados y aun cuando los abandona al primer acceso de pereza, sus bocetos no carecen de encanto, haciendo más notoria la única preocupación del ardiente joven, que es ¡la mujer, siempre la mujer!, pero no en su desnudez completa y sin indecencia, como tratan de reproducirla fiel y concienzudamente, con sus defectos y hasta con sus fealdades, los estudiosos aprendices del arte. Por el contrario, al mirar los estudios de Mauricio, se comprende que ha deseado á sus modelos. Su pincel libertino sólo presenta á la mujer medio desnuda, provocativa, pronta al amor.

Si llega á tener talento pictórico, tratará de reproducir el desorden de un atavío amoroso, apenas velando un seno juvenil: será el Fragonard moderno.

Entretanto, uno de los grandes placeres del oficio es para el sensual Mauricio el ver desfilar delante de él todos aquellos hermosos cuerpos á diez francos por sesión.

No desea á ninguna de aquellas muchachas: se ha vuelto difícil, hasta el punto de que cuando se desnudan tiene que disimular un gesto de disgusto al ver los tacones torcidos de las botas ó los corsés de cretona gris. Lo que le basta y satisface es el tener á su lado sobre la mesa de modelos el cuerpo desnudo y la carne viva. Con la paleta en la mano, habla con la modelo, le recita historias entretenidas, y hace que ella le cuente sus cuitas y sus humildes amores. Cuando vienen á verle sus amigos, lo cual sucede con frecuencia, notan éstos al entrar que la modelo se esconde detrás de un tapiz, poniéndose precipitadamente la camisa; pero la llaman, vuelve á presentarse, y suele fumar cigarrillos de Levante en amable compañía.

Amadeo, siempre algo turbado cuando la modelo le pide fuego, generalmente pasa en el estudio ó en la habitación de Mauricio todas las tardes de los días de fiesta.

Allí suele encontrar á Arturo Papillón, que prepara su carrera de política, defendiendo procesos por delitos de imprenta. Aun cuando en el fondo es un liberal muy moderado, aquel joven de correctas patillas defiende á los barbudos más republicanos, si es que lo que él hace merece el nombre de defensa; pues lo cierto es que, merced á los violentos ataques contra el gobierno que el abogado introduce siempre en sus discursos, los acusados suelen ser obsequiados con el máximum de la pena; siendo lo más raro que los mismos condenados están contentísimos de su defensor, pues entre los irreconciliables, una condena política es un título de gloria muy solicitado y por otra parte muy fácil de obtener. Están convencidos de que los tiempos se aproximan, y de que van á derribar el Imperio, sin pensar ¡ay! en que para esto serán precisas un millón y doscientas mil bayonetas alemanas. Al siguiente día del triunfo se les tendrá en cuenta indudablemente sus meses de prisión, esto aparte de que Santa

Pelagia no es *carcere duro*. Papillón, que es hábil y quiere tener un pie en todos los partidos, va á almorzar un día á la semana en compañía de los que le deben su estancia en aquel encierro poco riguroso, y lleva generalmente una langosta como obsequio al prisionero.

Pablo Sillery, que se ha hecho amigo de Mauricio, pasa también muchos




ratos en el estudio de éste. El amable bohemio no ha pagado aún su cuenta al tío Lebufle; pero se ha cortado al rape la cabellera, y publica todos los sábados en un periódico elegante crónicas que rebosan mucha chispa y gracia, lo cual, por supuesto, no lo perdonan en el café de Sevilla, en donde los melenudos reniegan de aquel traidor que se ha pasado al enemigo y sólo es un repugnante y fétido burgués. Si la inquisición de los poetas pudiera hacer ejecutar sus sentencias, Pablo Sillery sería inmediatamente vestido con el «sambenito,» azotado y quemado vivo, ni más ni menos que un judío relapso.

Pablo Sillery no se preocupa de ello, y de vez en cuando se presenta descaradamente en «Sevilla» y obsequia á los miembros del Santo Oficio con una ronda de copas que paga con el dinero de su deshonor.

Algunas veces también se deja ver en casa de Mauricio la cara afeitada de Jocquelet; pero sus visitas no son muy frecuentes, porque el hombre está sumamente ocupado y ha adquirido verdadera celebridad. En los escaparates de los fotógrafos su audaz nariz, reproducida en todas las posturas, de frente, escorzada, de perfil, figura al lado de los clichés más en boga, como por ejemplo, el rostro paternal y venerable del papa Pío IX, ó las piernas internacionales de Mlle. Ketty, la majestuosa hada de calzón de malla de las comedias del Chatelet. Los periódicos citan todos los días el nombre de Jocquelet, tratándole de simpático y eminente, y dedicando largos artículos á su gloria de artista: en ellos ensalzan su gran corazón y refieren de él anécdotas enternecedoras, diciendo que cuida á su anciana tía como el mejor de los hijos pudiera hacerlo con su madre, que reparte limosnas y que una noche recogió á un perro perdido. Un artista como él, que ha sacado á todo el repertorio cómico del olvido en que se le tenía y que protege personalmente á Molière, no tiene tiempo de ver á sus amigos: es natural. Sin embargo de esto, honra con breves visitas á Mauricio Roger: el tiempo preciso para hacer temblar con su terrible voz los cacharros y chucherías del aparador, y sobre todo para contar que la víspera, en el salón de descanso de la Comedia, vestido aún con la capa rayada de Scapin, se dignó recibir con la mas fría dignidad los cumplimientos de una Alteza Real; ó bien que una persona de la alta sociedad, «sí, hijos míos, una mujer de elevado rango,» se muere de amor por él desde hace seis meses, en el fondo del proscenio n.° 6 Dicho lo cual abandona el estudio con no poca satisfacción de los asiduos concurrentes á éste.

Amadeo se divierte en el estudio del pintor aficionado, adonde van á charlar artistas alegres y de talento. Allí se ríe y se bromea, y este descanso del domingo es el más agradable entretenimiento para el laborioso poeta. Amadeo lo prolonga todo lo posible, y cuando se quedan solos los dos amigos, tendidos en los almohadones del diván turco, hablan con el corazón en la mano de sus deseos, ambiciones y sueños de porvenir.

Sin embargo, Amadeo tiene un secreto para Mauricio, nunca le ha dicho que ama á María Gerard. A su vuelta de Italia el viajero preguntó varias veces por aquellas señoras, lamentando cortésmente su infortunio y enviándoles memorias por medio de Violette. Pero habiéndose éste mostrado altamente reservado en sus respuestas, Mauricio no ha vuelto á mentarlas en sus conversaciones. ¿Es esto olvido? Después de todo, apenas conoce á las señoras Gerard; pero á Amadeo no le disgusta el no tener que hablar de ellas, y cuando la linda María le pregunta por Mauricio, responde siempre con cierto desagrado hijo de los celos.

Pero la encantadora María acaba por no interrogarle sobre este particular y se muestra triste, nerviosa y pensativa. Porque al presente, en casa de las señoras Gerard, sólo se ocupan de una cosa, siempre la misma, del vulgar y cruel cuidado de procurarse la subsistencia, pues desde hace algún tiempo vanse deslizando poco á poco por la escalera de la miseria. Ganar con lecciones de piano y una caja de pinturas lo necesario para mantener tres bocas, no es posible, ó por lo menos dura poco. Luisa tiene menos discípulas, el tío Issacar ha disminuído sus encargos, y mamá Gerard, que es ya una anciana, se ve precisada á redoblar sus esfuerzos económicos, á pesar de lo cual no logra que los ingresos cubran los gastos. Amadeo nota todo esto y sufre mucho, aunque las pobres mujeres tienen orgullo y se quejan lo menos posible; pero la decadencia de la casa, siempre de suyo modesta, se manifiesta por muchas señales. Han vendido en un día de extrema necesidad dos buenos grabados, último recuerdo del padre, y el sitio de la pared que aquéllos ocupaban, en donde el papel está menos deteriorado que en el resto de la pieza, parece conservar una sombra, un espectro de los caros objetos desaparecidos. Los trajes de luto de mamá Gerard y de sus hijas van tomando un tinte verdoso que denota su vejez, y Amadeo, cuando va á comer á aquella casa los domingos, en vez del pastel tradicional lleva una empanada que á veces constituye toda la comida. Ya no queda en la cueva ni una sola botella, y los comensales tienen que beber vino de taberna.

Cada nuevo detalle que le hace comprender la creciente estrechez de sus amigas, entristece al sensible poeta. En una ocasión en que cobró doscientas pesetas, producto de un trabajo literario, llamó aparte á la pobre madre y la obligó á aceptar la mitad de esa suma. La desgraciada anciana, temblando de emoción y llenos de lágrimas los ojos, le confesó que la víspera habían tenido que empeñar el reloj de pared, único que había en la casa, para pagar á la lavandera.

¿Qué hacer para sacarlas de aquel mal paso, para crearles una existencia menos dolorosa? ¡Ah! Si María quisiera se casarían en seguida, sin más gasto que el de un vestido blanco, como hacen los pobres, y todos vivirían juntos. Las dos mil cuatrocientas pesetas que él tiene de sueldo, algún billete de mil que suelen proporcionarle sus trabajos extraordinarios y lo que ganara Luisa dando lecciones, constituirían un ingreso seguro y casi suficiente. Además procuraría colocar sus originales, trabajaría mucho, y en fin, ya se arreglarían para pasarlo lo menos mal posible. Cierto que sería muy grave tomar á su cargo toda la familia: podía además tener hijos; ¿pero por ventura no contaba con un comienzo de reputación y con un hermoso porvenir? Si su comedia se representaba, lo que era muy posible, y tenía éxito, todos estaban salvados. ¡Oh, qué dulce hogar, qué hermosa vida de familia la suya si tal caso llegaba! Sí, si María le quiere un poco, como él se obstina en esperar, y se siente con fuerza para estar á todas las contingencias, ésta es la mejor solución posible.

Exaltado por este proyecto, Amadeo se decide á someterlo á la aprobación de la excelente Luisa, en quien tiene entera confianza, y á la que considera como la bondad y la razón personificadas. Todos los martes, á las seis de la tarde, la joven sale del colegio de señoritas de la calle Rochechouart, en donde enseña solfeo; allí va á esperarla Amadeo. Por fin la ve acercarse. ¡Pobre Luisa! Su traje es lamentable, y ¡qué mala cara, qué aspecto de tristeza y de desaliento!

– ¿Tú aquí?, – dice Luisa sonriendo bondadosamente cuando él le sale al encuentro.

– Sí, querida Luisa. Toma mi brazo. Y permíteme que te acompañe un poco. Hablaremos andando. Tengo una cosa muy seria que decirte confidencialmente, un consejo importante que pedirte...

Y empieza á hablarle de su proyecto. El poeta le recuerda su infancia y sus juegos, allá abajo en la calle de Nuestra Señora de los Campos. Desde entonces, desde aquel lejano pasado, siéntese hechizado por la pequeña María, y desde joven comprendió que amaba á la encantadora criatura. Siempre ha alimentado la esperanza de inspirarle un sentimiento de ternura, el deseo de unirse un día á él. No ha hablado antes por causa de su pobreza, pero siempre la ha amado, la ama y á nadie amará más que á ella. Luego explica sus proyectos en términos sencillos y conmovedores: será el hijo de la señora Gerard, el hermano de su querida Luisa, y la unión de estas dos pobrezas constituirá casi el bienestar. ¿No es esto sencillo y razonable? Está seguro de que Luisa, modelo de jóvenes juiciosas y verdadero jefe de la familia, aprueba sus planes.

Pero en tanto que él habla, Luisa baja la cabeza y mira al suelo, y Amadeo no nota que la infeliz está temblando. ¡Ciego, ciego Amadeo! No lo has visto, no lo verás nunca; pero Luisa es la que te ama... ¡oh! sin esperanza. Sabe demasiado que tiene más edad que tú, que no es posible, que siempre la considerarás como á la hermana mayor de adopción que en otro tiempo te señalaba con su aguja las letras del alfabeto. Luisa ha adivinado años ha tu amor á María, y aunque ha sufrido mucho se ha resignado á ello. De todo corazón desea servirte; pero esta confesión que le haces, el nombre de María que murmuras á su oído con acento tan apasionado, ese sueño de ventura en que, en tu sencillo egoísmo, sólo le reservas el papel de solterona que educará á tus hijos, casi de una criada... ¡Cuán cruel es todo esto!

*(Continuará)*

## NUESTROS GRABADOS

**El Padre Piquer. - Marte, estatuas de D. José Alcoverro.** - Este notable escultor catalán, discípulo del insigne D. José Piquer, heredó de su maestro las raras dotes que tan justo renombre le han conquistado y tan merecidas recompensas le han valido en su carrera artística. Muy joven todavía, obtuvo en 1866 una medalla de tercera clase por su *Ismael desmayado de sed en el desierto de Betsabel*, obra que fué adquirida para el Museo Nacional; otra distinción igual consiguió en 1881 por su grupo en yeso *El primer lazo de amor*. Posteriormente ha logrado otros premios, siendo el último la medalla de segunda clase que el jurado de la última Exposición Nacional le otorgó por su *Marte*, que reproducimos. Esta estatua, de estilo completamente clásico, está modelada con una valentía digna del mayor aplauso, y con una verdad que demuestra un estudio profundo del desnudo y no pocos conocimientos anatómicos, tan necesarios en los que profesan el arte escultórico.

Su estatua del *Padre Piquer*, premiada en concurso y muy elogiada por la Academia de San Fernando, presenta, aunque en otro género, bellezas superiores, si cabe, á las que en el *Marte* se admiran, mereciendo señalarse entre ellas la dulce expresión del venerable sacerdote, la actitud reposada y natural en extremo de su simpática figura, y sobre todo la factura del manteo que, recogido debajo del brazo, cae en holgados pliegues que dan á la escultura un carácter grandioso.

Esta estatua ha sido admirablemente fundida en los acreditados talleres de D. Federico Masriera y compañía, de esta ciudad, y está destinada al edificio de la Caja de Ahorros de Madrid, de la que fué fundador el Padre Piquer.

**Elena, cuadro de Conrado Kiesel.** - En presencia de esta bellísima obra del reputado pintor alemán, se ocurre preguntar qué cosa ó qué feliz mortal habrán podido hacer sonreir de un modo tan encantador á esa divina criatura. Y siendo, como parece ser, la pintura un retrato, no podemos menos de exclamar: ¡feliz el artista á quien ha sido dado estudiar ese rostro, conjunto de perfecciones, y feliz también la dama cuya belleza ha tenido tan insigne intérprete!

*Elena* viene á enriquecer la notable colección de mujeres hermosas que se ha propuesto formar el afamado artista y alguno de cuyos ejemplares son ya conocidos de nuestros lectores.

**El pequeño egoísta, cuadro de J. Dvorak.** - Fueron dos en cogerla, quizás el cuadrumano solo alcanzó la codiciada manzana que, como dorada mancha, se ostentaba en lo más alto del árbol; sin embargo, solamente uno la saborea, mientras el verdadero socio industrial podrá darse por muy satisfecho si logra hincar el diente en el corazón del apetecido fruto despreciado por su egoísta compañero.

El nombre de Dvorak es bastante conocido de nuestros lectores para que nos entretengamos en encomiar la obra debida á su pincel que hoy reproducimos. *El pequeño egoísta* puede calificarse de capricho, y en él se admiran la finura de líneas, la suavidad de tonos, la gracia especial con que pinta los niños; en suma, las cualidades que tantas veces hemos encomiado en el autor de *¡Sangre! ¡Buena presa! Coquetería* y otros cuadros publicados en esta ILUSTRACIÓN.

**En las dunas de Katwyk, estudio del natural de Juan Bartels.** - En la costa occidental de Holanda existe la aldea de Katwyk, muy frecuentada por los holandeses durante la temporada de los baños de mar, y próxima á la cual desemboca, en el Mar del Norte, uno de los varios brazos en que se divide el Rhin al término de su curso.

De las dunas que se extienden en las cercanías de Katwyk está tomado el estudio del natural de J. Bartels, que da perfecta idea de aquellos tristes y solitarios sitios, animados en la pintura del artista alemán por la presencia de una gentil aldeana que rompe la monotonía del paisaje.

**Pescadores de maderos en el lago de Constanza, cuadro de J. Wopfner.** - Valiente en sus composiciones y vigoroso en el modo de ejecutarlas, Wopfner cuenta por el número de sus obras el de sus triunfos. El último que ha obtenido lo ha logrado en la Exposición anual de obras de Arte de todas las naciones que actualmente se celebra en Munich, cuyo jurado ha concedido un premio á sus *Pescadores de maderos en el lago de Constanza*. Cualquiera que se fije en lo bien tratados que están los menores detalles del cuadro, tales como las aguas del lago, que cuando las azota el viento Noroeste toman el imponente aspecto de un mar borrascoso, la frágil embarcación combatida por las olas, los atrevidos tripulantes dedicados á la pesca de maderos que la tempestad ha arrancado de la muralla ó ha arrebatado á algún buque, el encapotado cielo, etc., etc., habrá de reconocer que la recompensa alcanzada por el artista bávaro es perfectamente merecida.

**Toledo. Puerta del claustro en el Museo. San Juan de los Reyes.** - Entre los más bellos monumentos que encierra la imperial ciudad, figura el templo de San Juan de los Reyes, que la piedad de los Monarcas Católicos elevó, según se cree, en cumplimiento de un voto por haber vencido á los portugueses en la batalla de Toro. Innumerables son las bellezas allí acumuladas por los más hábiles artífices del siglo XV; pero el claustro es, sin disputa, la que entre todas se lleva la palma: las bóvedas del mismo, cruzadas de aristas salientes, forman graciosos arcos cuyos pilares están materialmente cuajados de prolijas labores primorosamente ejecutadas.

Como muestra del valor artístico de esta parte del edificio, véase la puerta que reproducimos, hermoso ejemplar del estilo ojival florido, que tan admirables obras produjo en nuestra patria.

El templo de San Juan de los Reyes fué saqueado é incendiado por las tropas francesas en 1809, pereciendo en el incendio otro claustro, el muro meridional del que nos ocupa y la rica librería con multitud de códices de gran estima.

**Bethlem.** - La ciudad de Bethlem está situada sobre una alta colina que, formando bancales cubiertos de viñedos y olivares, desciende hasta los profundos valles que la rodean por tres de sus lados. El panorama que desde allí se domina es magnífico: desde aquellas alturas distínguense el pico coronado por un torreón que se conoce con el nombre de *Monte de los Francos*, las cúpulas y los alminares de Jerusalén y la azulada cordillera de Moab. La población, rebelde y belicosa, se compone principalmente de cristianos de los tres principales ritos, y se dedica á la agricultura y á la fabricación de rosarios, cruces de nácar y otros objetos de devoción, que vende á buen precio á los peregrinos y viajeros.

Tal es la ciudad cuya vista reproducimos y que figura en el número de los Santos Lugares.



SANTOS LUGARES.-BETLHEM

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA



Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.-Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona



Imp. de Montaner y Simón